

Bianca™

A merced de un hombre arrogante

Daphne Clair

A merced de de un hombre arrogante

Daphne Clair

A merced de un hombre arrogante (2009)
Título original: Salzano's captive bride (2009) Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1966
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Marco Salzano y Amber

Argumento:

¡Estaba a merced de un hombre arrogante y poderoso!

¡Marco Salzano está furioso! Un momento de pasión en el calor del carnaval ha tenido su precio. Furioso y presa de las sospechas, el arrogante venezolano va en busca de su amante de una noche para reclamar a su hijo. Pero Marco se equivoca de mujer.

Haciéndose pasar por su hermana, la frágil Amber convence a Marco de que el niño en cuestión no es hijo suyo. Sin embargo, cuando Marco descubre el engaño, decide hacer de Amber no su amante, sino su esposa.

Capítulo 1

AMBER Odell acababa de fregar tras su solitaria cena cuando sonó el timbre de la puerta, imperiosa y prolongadamente.

Salió de la cocina y recorrió el corto pasillo. Los tablones de madera bajo la vieja alfombra crujieron bajo las pisadas de sus pies descalzos. El antiguo edificio de un barrio de las afueras antaño de moda había pasado de ser una mansión a un orfanato y a una pensión antes de, a finales del siglo xx, pasar por una remodelación y ser dividido en pisos. Amber tenía suerte de haber alquilado uno de los apartamentos del piso bajo a un precio razonable a cambio de encargarse ella de pintarlo.

Encendió la luz del porche y titubeó al ver la forma de una persona alta tras los paneles de cristal rojo y azul de la parte superior de la puerta.

Con cautela, Amber abrió la puerta.

La luz del porche iluminaba el ondulado cabello negro peinado hacia atrás de un atrayente rostro de tez color oliva con pronunciados pómulos y nariz imperiosa. Los intransigentes rasgos faciales y la sombra de una barba incipiente contrastaban extrañamente con la sensualidad de la, boca, a pesar de estar cerrada firmemente.

Sus ojos captaron vagamente unos anchos hombros, una camiseta blanca y unas largas y fuertes piernas enfundadas en unos pantalones verde oliva. Ropa deportiva que, sin embargo, dejaba vislumbrar estilo y dinero.

Pero su atención se centró, fundamentalmente, en una mirada oscura como el carbón que parecía llena de ira.

Lo que no tenía sentido. Ella jamás había visto a ese hombre.

Aunque no era porque no se mereciera que le vieran. A Amber le perturbó la respuesta femenina que el aura de virilidad de ese hombre le provocó.

Apartándose un mechón de cabello rubio que le caía por los hombros que la camiseta de tubo sin tirantes le dejaba al desnudo, Amber abrió la boca para preguntarle qué quería.

Antes de poder decir nada, una intensa mirada se le clavó en la ancha franja de algodón que le cubría los pechos para luego bajar

hacia la piel desnuda entre la camiseta de tubo y los pantalones cortos azules; después, se le paseó por las piernas antes de volver a su rostro.

Amber enrojeció de ira y sorpresa por la forma como el pulso se le había acelerado bajo la impertinente inspección. Alzando la barbilla, iba a preguntarle qué quería cuando él se le adelantó:

—¿Dónde está?

Amber, perpleja, parpadeó.

—Creo que ha cometido…

—¿Dónde está? —repitió ese hombre con voz áspera—. ¿Dónde está mi hijo?

—¡Aquí no, desde luego! —le informó Amber. Quizá ese hombre se hubiera confundido con algún otro de los inquilinos—. Se ha equivocado de casa. Lo siento.

Comenzó a cerrar la puerta, pero el hombre, con facilidad, volvió a abrirla y entró en el vestíbulo.

Amber abrió la boca para gritar con el fin de que sus vecinos de la casa de al lado, unos estudiantes, o el periodista que vivía en el piso de encima del de ella, la oyeran y bajaran a ver qué pasaba. Sin embargo, lo único que logró emitir fue un sonido ahogado cuando el hombre le cubrió rápidamente la boca con una mano mientras la empujaba contra la pared. Ella sintió el calor de su esbelto y duro cuerpo, casi tocándola.

—No sea tonta. No tiene nada que temer —dijo él con un ligero acento extranjero con intención de calmarla.

Ahora parecía exasperado en vez de enfadado. De repente, la soltó y. dijo:

—Vamos, seamos razonables.

«¡Eso, seamos razonables!», pensó ella.

¡Lo razonable es que se vaya antes de que llame a la policía!

El ceño de él se arrugó y un brillo de enfado volvió a iluminar sus ojos otra vez.

Lo único que le pido es ver a mi hijo. Usted tiene…

—¡Ya se lo he dicho, su hijo no está aquí! No sé por qué cree que…

—No la creo.

Oiga, ha cometido un error. Yo no puedo hacer nada y le pido que se marche.

—¿Que me marche? —dijo él, pareciendo ofendido—. ¿Después de volar desde Venezuela a Nueva Zelanda? Llevo sin dormir...

—Eso no es problema mío —le informó Amber.

Amber fue a abrir la puerta otra vez, pero él, adelantándose, puso la mano en la puerta manteniéndola cerrada.

—Si mi hijo no está aquí... ¿qué ha hecho con él?

—¡Nada!

¿Qué es lo que se trae entre manos? —preguntó él mientras le recorría el cuerpo con ojos hostiles—. Desde luego, si ha tenido un hijo, no se le nota.

—¡Yo no he tenido hijos! —le recordó ella.

Entonces, él le agarró los brazos y Amber hizo un esfuerzo por contenerse y no darle una patada. Si mantenía la calma, quizá lograra convencerle de que se marchara.

—¿A qué está jugando? —preguntó él—. ¿Por qué me escribió?

—¿Que yo le escribí? —dijo Amber con incredulidad—. ¡Pero si ni siquiera le conozco!

Por fin, él le soltó los brazos, su morena piel oscureciendo.

—En cierto modo, es verdad —dijo él con altanería, sus ojos casi ocultos bajo las pestañas más largas y más espesas que ella había visto en un hombre—. Pero, por un breve espacio de tiempo, nos conocimos íntimamente. Eso no puede negarlo.

Justo en el momento en que iba a hacer eso precisamente, una sospecha acechó a la mente de Amber. Venezuela. Sudamérica...

No. Sacudió la cabeza para rechazar la idea al momento. Ese hombre estaba loco, eso era todo.

—Muy bien —dijo él con impaciencia, malinterpretando la reacción de ella—. Es una cuestión de semántica. De acuerdo, no hubo ninguna intimidad emocional. Pero lo llame como lo llame, no puede haberlo olvidado. ¿Qué esperaba conseguir con es-cribirme esa carta? ¿Esperaba que le enviara dinero y que me olvidase del asunto?

—¿Qué... qué carta? —¿Era posible...? ¡No!

—¿Envió más de una? —preguntó él arqueando las cejas con cinismo—. Yo hablo de la carta en la que me pedía ayuda económica para mantener a la criatura que usted había dado a luz y en la que me comunicaba que yo soy el padre.

Durante un momento, Amber se sintió casi mareada e,

involuntariamente, se llevó la mano a la boca para contener una exclamación. Después, con voz temblorosa, dijo:

—Yo jamás le he enviado una carta, se lo juro.

Él pareció momentáneamente desconcertado; después, su expresión se volvió a endurecer.

—En la carta decía que su situación era desesperada. ¿Era simplemente un intento de extorsión y, en realidad, no hay un niño?

Amber tomó aire, pensando, y dijo lentamente:

—¿Me creería si le dijera que se ha equivocado de mujer?

Él frunció el ceño y se echó a reír.

—Sé que aquella noche bebí más de la cuenta, pero no estaba tan borracho como para no recordar el rostro de la mujer con la que me acosté.

Amber, cada vez más angustiada, no pudo responder.

—¿Tiene la costumbre de pedir dinero a los hombres con los que se acuesta una noche? —insistió él con gesto desdeñoso.

—Yo no voy acostando por ahí con cualquiera —le espetó ella—. Y tampoco he intentado nunca sobornar a nadie.

—¿Así que debo considerarlo un privilegio? —preguntó él con dureza bajo un tono sedoso de voz—. Y a pesar de negarlo, fue sólo una noche la que estuvo conmigo.

Jamás volvimos ha tener contacto... es decir, hasta que me escribió esa carta pidiéndome dinero y diciendo que yo era el padre de su hijo.

—¡Yo jamás he hecho nada semejante! —exclamó Amber—. No me está escuchando, ¿verdad? Yo no sé...

—¿Por qué voy a creer mentiras?

—Yo no estoy mintiendo. ¡Se equivoca completamente respecto a mí!

Él extendió las manos y la agarró de las muñecas.

—En ese caso, demuéstreme que mi hijo no está aquí.

Quizá eso le convenciera del error que estaba cometiendo y se marchara.

—Está bien —dijo ella. No llevaría mucho tiempo, el piso sólo tenía tres habitaciones pequeñas, además de la cocina y el cuarto de baño—. Vaya y vea por sí mismo.

Él le lanzó una mirada sospechosa y tiró de ella por la muñeca.

—Enséñemelo usted.

Encogiéndose de hombros, Amber le llevó por el pasillo hasta el pequeño y acogedor cuarto de estar. Al llegar, encendió la luz.

El sofá color oliva estaba frente a la chimenea, flanqueado a ambos lados por dos sillones, y a ambos lados del sofá unas cajas de madera pintadas de rojo hacían las veces de mesas auxiliares. El televisor y el equipo de música estaban a ambos lados de la chimenea y en el dintel de ésta había una hilera de libros.

El hombre paseó la mirada por el cuarto de estar sin entrar; entonces, Amber le llevó por el pasillo hasta su dormitorio.

La cama estaba cubierta con una colcha blanca bordada y había una alfombras de lana encima de la tarima de madera. Esta vez, el hombre entró en la estancia, y ella se soltó de su mano. Le vio acercarse al armario y examinar brevemente su interior; después, cuando le vio colocarse delante del mueble de cajones, dijo:

—No le permito que examine los cajones de mi ropa interior. ¿Qué es, un pervertido?

Por un instante, vio furia contenida en los ojos de él; después, le pareció que casi se echaba a reír. - ¿No va a mirar debajo de la cama?

El no respondió al sarcasmo, limitándose a salir de la habitación para pasar por otra puerta en el pasillo que daba a un diminuto cuarto de baño.

Después le tocó el turno al despacho de ella que también hacía las veces de cuarto de invitados, suficientemente grande para que cupiera en él una cama estrecha, su archivador, un pequeño escritorio con su ordenador portátil y unas estanterías en las paredes.

Ya sólo quedaba la pequeña cocina con sitio para una mesa. El hombre abrió la puerta posterior que daba a un patio, vio los tiestos y una mesa de hierro forjado con dos sillas y volvió a cerrar la puerta.

En la cocina, le vio acercarse al mostrador en el que estaba el tostador y la panera.

Entonces, le vio enderezar los hombros y quedarse muy quieto antes de oírle decir:

—Si no tiene un hijo, ¿qué es esto?

«¡Oh, no!», pensó Amber mirando el chupete que él tenía en la

palma de la mano.

«¿Cómo voy a salir de ésta?».

—Mi... mi amiga debió de dejárselo olvidado cuando me trajo a su bebé para que lo cuidara.

La mano de él se cerró sobre el pequeño objeto; después, lo dejó encima del mostrador de la cocina y empezó a abrir los armarios hasta que, en uno de los armarios debajo del mostrador, encontró una cesta llena de animales de peluche, un xilófono de juguete y unos rompecabezas de plástico.

Entonces, él se dio media vuelta y le clavó una mirada hostil.

—Cometí un grave error hace dos años cuando dejé que un vino barato y una bonita turista me perturbaran el sentido y me quitaran el juicio.

—Sea cual sea su problema...

—Nuestro problema —argumentó él—, si es que lo que dice en la carta es verdad. A pesar de que usted no deje de negarlo y de lo desagradable que a mí me resulte..

¿Desagradable? Si eso era lo que pensaba él de su hijo... ¿qué clase de padre sería?

—Escuche, no fui yo —repitió ella—. Y otra cosa, no me encuentro bien.

Amber, retirándose un mechón de cabello del rostro, se dio cuenta de que la mano le temblaba. Además, estaba conteniendo unas náuseas y las piernas le flaqueaban.

—Está bastante pálida —concedió él—. Está bien, volveré mañana y hablaremos.

Pero se lo advierto, si no está aquí, la encontraré de todos modos.

—¿Cómo se ha enterado de...? No es posible que supiera mi dirección —dijo ella confusa y alarmada.

El sonrió burlonamente.

—No me resultó difícil. La caja postal a la que debía responder yo estaba en Auckland, Nueva Zelanda. Y usted es la única A. Odell en la guía telefónica.

—Yo no tengo una caja postal —dijo ella—. Y no todo el mundo está en la guía telefónica. Y ahora, por favor, váyase. Yo... no puedo seguir hablando esta noche.

Él dio un paso hacia ella.

—¿Está enferma? ¿Necesita ayuda?

—¡Lo único que necesito es que se vaya! Con gran alivio le vio asentir.

—¿Estará aquí mañana por la mañana?

—Tengo que trabajar —dijo Amber—. Mejor mañana por la tarde, a las ocho.

Tras volver a asentir, él se dio media vuelta y se marchó de la casa.

Amber se preparó una taza de café, añadió una generosa cucharada de azúcar y fue a su dormitorio. Entonces, sentada en la cama, bebió varios sorbos de café antes de agarrar el teléfono y marcar un número.

Cuando le contestó una voz tan familiar como la suya misma, Amber dijo sin preámbulos: —Azzie, ¿qué demonios has hecho?

Capítulo 2

MARCO Enrique Salvatore Costa Salzano no estaba acostumbrado a que las mujeres le hiciera caso omiso, y mucho menos que le echaran de sus casas.

Pero él tampoco estaba acostumbrado a invadir casas a la fuerza.

Había pasado el día dándole vueltas a lo ocurrido la tarde anterior mientras se paseaba por la ciudad y visitaba el acuario. Ahora, el sol estaba bajando y el cielo azul que cubría el puerto Waitemata había adquirido un tono más pálido y suave mientras se paseaba por la espesa alfombra de su suite en el hotel. Las manillas del reloj se estaban acercando a las siete y media con una lentitud que le hizo preguntarse si el precio que había pagado por ese reloj de pulsera de platino no había sido dinero malgastado. Aún quedaba más de media hora para su cita con la mujer que, inexplicablemente, la noche anterior había negado que le conociera.

Admitía que el enfrentamiento que había tenido con ella no había sido una visita normal. Quizá debería haber sido menos impetuoso, pero la carta que e había recibido de ella había sido como una bomba.

¿Por qué la noche anterior había tenido miedo de él cuando, en el pasado, le había permitido llevarla por ahí a un destino desconocido en una ciudad desconocida y se había acostado con él a pesar de que le acababa de conocer? ¿Y por qué había negado haberle enviado la carta? No lo comprendía.

A menos, por supuesto, que lo que decía en la carta fuera mentira. Y si así era, él había perdido el tiempo con ese viaje tan largo además de los trastornos que le había ocasionado a él, a sus negocios y a su familia.

Y, en ese caso, la mujer por la que había hecho el viaje no se merecía ningún respeto ni consideración.

El piso en el que ella vivía era viejo, las habitaciones pequeñas y el mobiliario sencillo; sin embargo, no había visto rastros de verdadera pobreza. Entonces se preguntó si, en Nueva Zelanda, conocían el significado de esa palabra.

Se miró el reloj de nuevo. Por fin, salió de la suite, bajó en el

ascensor al vestíbulo y, al salir, un portero le buscó un taxi.

Un par de minutos antes de dar las ocho, el timbre de la puerta de Amber sonó.

Había pasado el día entero con los nervios a flor de piel.

Le encantaba su trabajo de investigación en una productora de cine y televisión y, normalmente, se entregaba por completo a él; sin embargo, ese día no había podido dejar de pensar en el extranjero de aspecto exótico que iba a volver a presentarse en su casa aquella tarde.

Y Azzie se había negado en redondo a ir, dejándola sola para enfrentarse al formidable venezolano.

Al oír el timbre, acabó de atarse la falda verde y blanca que hacía juego con la camiseta sin mangas de diminutos botones en forma de perlas. Se calzó los zapatos de alza que le conferían unos centímetros más de altura y se recogió el cabello en un moño mientras iba a abrir la puerta.

El hombre que se encontró delante era tan atractivo como recordaba, pero ahora llevaba unos pantalones oscuros, una camisa color crema con el botón del cuello desabrochado y una chaqueta moteada también de color crema. La furia apenas contenida que había mostrado la noche anterior había desaparecido; ahora se le veía contenido y frío.

—Pase, señor.

Él cruzó el umbral de la puerta frunciendo el ceño ligeramente.

—Un poco demasiado formal teniendo en cuenta que tiene un hijo mío, ¿no le parece?

Amber se mordió los labios.

—No… no podemos hablar aquí —Amber indicó el cuarto de estar y él, asintiendo, la siguió—. ¿Puedo ofrecerle un café… o cualquier otra cosa?

—No he venido para tomar café. Por favor, siéntese.

Conteniendo la irritación que le prodicía que le dijeran en su propia casa que se sentara,Amber se sentó en el brazo de uno de los sillones y esperó a que él ocupara el opuesto.

Entonces, suponiendo que tomar la iniciativa era su mejor plan de ataque, Amber dijo:

—Siento que haya hecho un viaje tan largo para nada, pero he de decirle que la carta ha sido un error. Yo…

—¿Admite entonces que la escribió?

—No debería haber sido enviada —dijo ella, eligiendo con sumo cuidado sus palabras—. Siento que haya causado un malentendido.

—¿Un malentendido? —repitió él con censura en la voz.

—La carta no decía que el niño era suyo, ¿verdad?

—No explícitamente, pero eso era lo que daba a entender.

—Siento que no fuera más clara, pero se escribió en un momento de pánico. Usted dijo en Caracas... —Amber hizo una pausa para asegurarse de que la cita era correcta

—. Dijo: «Si tienes algún problema, ponte en contacto conmigo».

Una expresión de incredulidad asomó a las facciones de él.

—La carta se debió a un estúpido impulso —continuó Amber—. No era necesario que viniera usted aquí. Lo mejor que puede hacer es volver a su país y olvidarse de lo ocurrido. Lo siento.

Marco Salzano se levantó del sillón súbitamente; ella, sobresaltada, enderezó la espalda, acobardada.

A pesar de que él no se le acercó, la ira de sus ojos hicieron que le diera un vuelco el corazón.

—¿Que me vaya? —dijo él—. ¿Así de sencillo?

—Ya sé que ha hecho un viaje muy largo y lo sien...

—¡No vuelva a decirme que lo siente! —exclamó -. En la carta decía que había tenido un niño nueve meses después de... estar juntos en Caracas.¿Qué se supone que voy a pensar? ¿Que soy la clase de hombre que da dinero a la madre de su hijo para que le deje en paz?

Amber tragó saliva.

—No sé qué clase de hombre es —admitió ella—.Lo único que sé es que es rico, aristocrático y, al parecer, tiene cierto poder en su país... además de estante genio.

—¿Que tengo dinero? Y usted pensó que podía sacarme algún dinero sin darme nada a cambio, eh? ¿Por eso decía en la carta que jamás volvería molestarme?

—¡No fue así!

Él avanzó, agarró ambos brazos del sillón y ella, instintivamente, se echó hacia atrás.

—¿Dónde está mi hijo?

Incapaz de mantener la mirada acusadora de él, Amber bajó los ojos.

—Como le dije anoche, yo no he tenido ningún hijo —a pesar de su convencimiento de estar haciendo lo que debía hacer, no podía evitar sentirse culpable.

—En la carta me dijo que tenía deudas que no podía pagar, que estaba a punto de perder su casa. Me dió a entender que mi hijo estaba prácticamente en la calle.

—Mmmm —murmuró ella—. La situación está mejorando.

—¿Cómo? ¿Ha encontrado otro idiota a quien engañar?

Él levantó una mano del brazo del sillón para ponérsela bajo la barbilla y obligarla a mirarle.

—¡No! —exclamó ella.

—El problema con los mentirosos es que nunca se sabe cuándo dicen la verdad.

Amber se obligó a mirar a esos oscuros ojos.

—Yo no he tenido un hijo suyo. No estoy mintiendo. Usted mismo vio anoche que aquí no vive ningún niño.

Él se la quedó mirando; después, bruscamente, le soltó la barbilla y dio un paso atrás.

—¿Es jugadora? ¿Le gusta apostar?

—¿Qué? —preguntó ella sin comprender el porqué de la pregunta.

—¿Es por eso por lo que necesitaba dinero?

Amber sacudió la cabeza.

—Me ha causado muchos problemas y muchos gastos. Creo que tengo derecho a preguntar por qué.

—Lo sien... Si quiere que le pague el viaje de avión...

Él sonrió burlonamente.

—Eso no es necesario.

Con piernas temblorosas, Amber se puso en pie.

—En fin, creo que será mejor que se vaya ya. No tengo nada más que decirle.

—Querrá decir que no quiere decirme nada más.

Amber se encogió de hombros. ¿Qué más podía decir sin levantar sospechas? Y

necesitaba que él se fuera. La presencia de Marco Salzano la ponía nerviosa en muchos sentidos. Aunque el desprecio y el enfado de él le intimidaban, no podía evitar sentirse atraída por ese hombre.

Marco se volvió y se apartó un par de pasos de ella. Amber, momentáneamente, sintió un gran alivio. Pero entonces, él se detuvo y se volvió otra vez de cara a ella.

—¿Por qué tengo la impresión de que me está ocultando algo, algo que debería saber?

Como si se guiara por un impulso, Amber le vio meterse la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacar una billetera y de ella un fajo de billetes.

Era dinero de Nueva Zelanda. Billetes rojos de cien dólares cada uno. La suma de esos billetes era una cantidad importante.

—Tome —dijo él ofreciéndole el dinero—. Digamos que... como recuerdo de un placentero encuentro.

Amber dio un paso atrás.

—¡No puedo aceptar su dinero!

Un brillo de sospecha iluminó los ojos de él y Amber se dio cuenta de que había cometido una equivocación.

—Pero es por eso precisamente por lo que estoy aquí, ¿no?

—Ya se lo he dicho, la situación ha mejorado —nerviosa, Amber alzó una mano y se apartó una hebra de cabello del rostro.

Los ojos de él siguieron el movimiento y, cuando ella fue a bajar la mano, Marco Salzano se le acercó, le agarró el brazo y se lo examinó, clavando los ojos en un pequeño cardenal.

Las mejillas de ella se encendieron y trató de zafarse de él, pero sin éxito.

En voz casi apenas audible, Marco le preguntó:

—¿Le hice yo ese cardenal ayer?

—No se preocupe, no importa.

Inesperadamente, la oscura cabeza de Marco Salzano se inclinó y, de repente, Amber sintió sus labios en el cardenal.

Amber casi se ahogó. Se mordió los labios para contener un involuntario gemido de placer mientras el cabello de él le rozaba la piel. La sensación fue como si un rayo le hubiera traspasado el cuerpo.

Marco levantó la cabeza y el brillo de sus ojos hizo que casi se le parara el corazón.

—Qué piel más delicada —dijo él—. Perdóneme.

Incapaz de hablar y medio mareada, Amber se preguntó cómo podía ser que un roce tan suave produjera en ella semejantes

sensaciones.

—No recordaba lo deseable que es usted —dijo él—. No es de extrañar que yo perdiera la cabeza aquella noche.

—No fue usted el único —le dijo ella.

«Cállate», se advirtió Amber a sí misma en silencio.

—La mujer con la que me acosté en Caracas no era virgen —comentó él.

—¡Eso no significa que fuera una cualquiera! —protestó Amber.

—No he querido decir eso Simplemente, supuse que usted era una mujer de mundo capaz de protegerse a sí misma de cualquier... inconveniencia. Usted misma me lo aseguró, ¿no lo recuerda?

Amber, sobresaltada, contestó:

—Yo... no, no me acuerdo. Y ahora, si no le importa...

—¿Tan bebida estaba? —Marco frunció el ceño—. No tengo por costumbre aprovecharme de mujeres bebidas. Usted parecía plenamente consciente de lo que estaba haciendo y... disfrutó de nuestro breve encuentro. ¿No lo recuerda?

Las mejillas de Amber enrojecieron visiblemente.

—No. Y ahora...

—¿No? ¿Quiere que le refresque la memoria?

El sonido que emitió su garganta, cuando Marco cruzó el espacio que los separaba, fue una especie de gemido; pero antes de poder decir nada coherente, él la tenía rodeada con sus brazos. Y cuando ella abrió la boca para protestar, Marco se la cubrió con la suya.

La lengua de Marco le acarició eróticamente el labio superior, prendiendo la llama del deseo en ella antes de que, con las manos cerradas en puños, le empujara para apartarlo de —sí.

Marco bajó los brazos y ella, temblorosa, dio un paso atrás.

—Quiero que se vaya ahora mismo —dijo Amber con una voz que le sonó extraña a sí misma.

Como si no la hubiera oído, Marco dijo:

—Al parecer, a mí también se me han olvidado muchas cosas. Tiene sabor a miel y a pasión, algo que no recordaba.

—Le he dicho que quiero que se vaya.

Marco hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Si insiste...

—Sí.

Entonces, Marco se dio media vuelta y se marchó.

Amber jamás había imaginado encontrarse nunca en una situación así. Quizá, algún día, lograra deshacerse del sentimiento de culpa que la embargaba, porque... ¿no estaba haciendo lo único que podía hacer?

Sí, así era. E incluso por él, por todo el mundo. Además, ella no había dicho nada que no fuera verdad.

Una pobre disculpa. Pero debía alegrarse de que todo hubiera terminado y olvidarse de lo ocurrido. ¿Olvidar lo ocurrido?

Alzó una mano y se la llevó a los labios, que aún le cosquilleaban por el recuerdo del beso de Marco Salzano.

Capítulo 3

AL DÍA siguiente, en vez de ir directamente a su casa después del trabajo, Amber se dirigió a casa de su hermana.

La casa de Azure y de su marido Rickie, construida en los años setenta y que el matrimonio estaba restaurando con la ayuda de ella, se encontraba en una zona de las afueras no tan extraordinariamente cara como la mayoría de las zonas de moda.

Sentada a la enorme mesa de la cocina, Amber bebió un sorbo del vino barato que su hermana le había servido. Azure iba por su segunda copa y, en esos momentos, estaba sonriendo a su bebé de mejillas rosadas. Pero el bebé, a quien no parecía im-presionarle la sonrisa de su madre, arrugó la nariz y lloriqueó.

Azure le pasó el bebé a su tía antes de echar leche en un biberón.

Amber besó la suave sien del bebé y luego observó los enormes ojos oscuros del niño.

Rickie también tenía los ojos oscuros, herencia maorí de su abuelo, igual que cabello negro ondulado, cosa que el poco pelo de Benny prometía duplicar en el futuro.

Al ver a su madre acercarse con el biberón en la mano, el niño se revolvió hasta que su tía lo dejó en el suelo y exclamó:

—¡Ma!

—En la mesa —dijo Azure tomándole de nuevo en sus brazos y sentándolo en sus piernas.

—Azure, ¿estás segura de que no hay posibilidad de que sea el hijo del señor Salzano? —preguntó Amber.

Con angustia, notó el brillo de temor que asomó a los ojos de su hermana, a pesar de que ésta contestó en tono desafiante:

—Ya te lo he dicho, no comprendió bien lo que le decía en la carta. ¡Yo no le dije que era su hijo!.

—Pero te acostaste con él.

—Una vez. ¡Y no me lo recuerdes! —gritó Azure. Benny dejó de beber y comenzó a gritar también.

Azure tranquilizó a su hijo y el niño se calmó.

—Deje de tomar la píldora después de esa noche. Una vez que Rickie y yo, cuando volvimos, decidimos casarnos, fue cuando dejé

de tomarla. Y sólo me acosté con un hombre que no fuera Rickie esa sola vez.

—¿Utilizasteis preservativos aquella noche? —algo que Amber había asumido cuando, el día anterior, logró hablar con su hermana.

Azure se encogió de hombros.

—¿Qué importancia tiene eso? —murmuró Azure con los ojos fijos en su hijo.

Amber no ocultó su horror.

—¡Corriste un gran riesgo con un desconocido!

—Habíamos bebido demasiado. Él se quedó muy preocupado cuando se dio cuenta...

En fin, da igual, todo está bien. Me hicieron toda clase de pruebas cuando me quedé embarazada y no quiero seguir hablando del asunto. No le dijiste a Marco nada del niño, ¿verdad? ¡Me lo prometiste!

Amber le había prometido, después de que su hermana le asegurase de que era completamente imposible que Benny no fuera el hijo de Rickie.

—No, no se lo he dicho. Pero si existiera la posibilidad de que Benny fuera de ese hombre...

—Todo el mundo dice que Benny se parece a su padre. ¡Tú misma lo dijiste!

Y lo había dicho... antes de que un hombre de cabello y ojos oscuros se presentara en su casa con esa asombrosa revelación.

—En ese caso, ¿por qué le pediste dinero a Marco Salzano?

—Como te he dicho ya, el dinero no significa nada para la gente como él —contestó Azure—. Su familia amasó una fortuna con las minas de oro y diamantes; y, después, con el petróleo.

—¿Eso te lo dijo él?

Más o menos. Le daba tan poca importancia que fue cuando me di cuenta de que debía ser verdad. Además, luego, preguntando, recogí información sobre su familia.

Son terratenientes, muy conocidos y sumamente ricos. Deberías haber visto el sitio al que me llevó, y eso que era sólo un sitio que tenía para cuando iba ocasionalmente a la ciudad.

No, no lo había visto, a pesar de que Marco Salzano estaba convencido de lo contrario.

Aunque su hermana y ella se llevaban tres años, la gente seguía confundiéndolas.

—Ha sido una suerte que no le dijeras quién eres —dijo Azure —. Siento que te veas metida en esto, ya sé que no te gusta nada.

Quizá debería haberse negado a participar en el engaño, como había hecho inicialmente, pero Azure se había mostrado muy convincente y, además, desde pequeñas, Amber ejercía el papel de hermana mayor y de protectora de Azure. Una costumbre difícil de superar.

—En serio, Ammie, no sabes cuánto te agradezco que hayas hecho que se marche —añadió Azure.

El niño, que había estado jugando con el pelo de su madre, volvió el rostro hacia su tía y le sonrió con un hoyuelo que la derritió.

De repente, sintió un súbito temor, la clase de temor que su hermana Azure debió de sentir cuando se enteró de la visita de Marco Salzano.

—Podrías recurrir a una prueba de ADN —sugirió Amber.

Azure se negó en redondo.

—Rickie y yo acabamos de reconciliarnos, no quiero hacer nada que ponga en peligro nuestra reconciliación. Se pondría hecho una fiera si se enterase de que Marco ha estado aquí. ¡Ahora no puedo pedirle que se haga una prueba de ADN!

Amber tuvo que reconocer que las consecuencias podrían ser horribles. Al fin y al cabo, lo más importante era el bienestar de Benny.

—¿No se te olvidó tomar ninguna píldora antes de...?

Azure no contestó; al parecer, estaba absorta mirando a su hijo y dándole besos.

—Azzie... —dijo Amber para llamar su atención. Azure alzó el rostro con expresión de impaciencia.

—Es difícil llevar la cuenta cuando se viaja. ¡Déjalo estar, Amber!

Amber se mordió la lengua y, negándose a aceptar una segunda copa de vino, estaba a punto de marcharse cuando el marido de Azure entró por la puerta, su bello rostro iluminándose al ver a su hijo. Al ver a su padre, el niño alzó las manos para que su padre le tomara en brazos.

Padre e hijo eran muy parecidos, Azure debía de estar en lo cierto al mostrarse segura de que Benny era el hijo de Rickie. Y con un poco de suerte, Marco Salzano ya estaría de camino de vuelta a Venezuela.

En realidad, Marco estaba en el bar del hotel tomándose una copa y repasando mentalmente lo ocurrido la noche anterior.

Después de salir de casa de Amber, había estado a punto de sacarse un billete de avión para volver a su casa. Pero algo le había retenido, algo que no sabía exactamente lo que era.

Había tratado de ignorar la insistente imagen de unos ojos grandes cerrándose cuando su boca encontró esos femeninos labios y el recuerdo de su suavidad.

Esa mujer le había mentido la primera noche y se había mostrado evasiva la segunda.

¿Y por qué, después de enviarle esa carta, se había negado rotundamente a aceptar el dinero que le había ofrecido? Nada encajaba. En su experiencia, dos y dos eran cuatro; y si no era; así, quería saber por qué.

Había dicho en la recepción del hotel que iba a prolongar su estancia y, después de pasar la mañana haciendo llamadas telefónicas y viendo su correo electrónico, había agarrado una guía telefónica y, más tarde, había entrevistado a un investigador privado.

Marco había dado al investigador la información necesaria para indagar en la vida de Azure Odell, sugiriendo vagamente ser sospechosa de fraude.

—No podré hacer mucho hoy, pero me dedicaré a ello por entero mañana —le prometió el detective—, ya que dice que es urgente.

Después de haberle dado una generosa cantidad de dinero a modo de depósito, ahora lo único que podía hacer era esperar a los resultados de la investigación.

A la mañana siguiente, desayunó temprano antes de volver a su habitación. Pasó el tiempo viendo el correo electrónico y examinando a través de Internet la industria del ganado vacuno en Nueva Zelanda, haciendo anotaciones de posibles contactos en caso de tener que pasar allí unos días más.

Era mediodía cuando el investigador le llamó.

—La inquilina de la dirección que usted me ha dado es una tal Amber Odell. Soltera, veintisiete años, trabaja en una productora de cine y televisión. Al parecer, tiene una hermana, Azure, pero…

—¿Una hermana? —preguntó Marco agudamente.

—Sí. Pero la hermana no vive con ella.

—¿Hermana gemela?

—No, no creo. Podría indagar y averiguar su dirección. Puede que me lleve algo de tiempo si está casada y ha cambiado su apellido por el de su marido, pero… ¿en cuál de las dos está usted interesado? ¿O en las dos?

—Sí… No —había una forma más rápida—. ¿Tiene la dirección del trabajo de Amber?

Después de colgar el teléfono, Marco lanzó una maldición, se levantó del asiento, empezó a pasearse por la habitación, abrió el frigorífico y luego volvió a cerrarlo.

Tenía que pensar.

Tenía que controlar su genio y asegurarse de que ella pagara por lo que había hecho.

Nadie le tomaba el pelo a Marco Salzano sin recibir su merecido.

Consultó el plano de la ciudad y encontró la calle donde el investigador privado le había dicho que se encontraba la empresa donde trabajaba Amber. Sonrió. ¿No era famosa la industria cinematográfica por su actitud liberal respecto al sexo? Al igual que su hermana, Amber Odell debía de haber tenido docenas de amantes.

Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Por qué iba a importarle a él con cuántos hombres se había acostado esa mujer? Sobre todo, ahora que estaba seguro de que él no era uno de ellos. La única razón por la que tenía que verla era porque quería encontrar a su hijo. Que debía existir. Evidentemente, las dos hermanas habían tramado juntas la trampa en la que le habían hecho caer.

Al salir del trabajo en un edificio del centro de Auckland, Amber se paróen seco al encontrarse delante a Marco Salzano. En sus ojos vio la misma ira que había visto en ellos en su primer encuentro.

—Hola, Amber —dijo él en tono burlón.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Amber casi sin aliento y con el corazón encogido—. ¿Cómo me ha encontrado?

La expresión de él cambió ligeramente, como si ella le hubiera

satisfecho en algún modo. —Tenemos que hablar.

Marco la agarró del brazo, pero ella se soltó.

—Yo no tengo nada que hablar con usted —dijo Amber tratando de esqui-valle.

Sin embargo, Marco volvió a agarrarle el brazo, esta vez con fuerza, haciéndola caminar a su lado.

Vamos, aquí no podemos hablar.

—Yo no voy a ir a ninguna parte con usted. Suélteme o me pondré a gritar. Alguien llamará a la policía y les diré que me está acosando.

Amber abrió la boca para gritar y él le soltó el brazo, aunque su expresión mostraba divertimento más que otra cosa.

—Y yo los diré que usted está intentando privarme de mis derechos mediante el fraude y el engaño. No la estoy acosando, lo único que quiero es hablar con su hermana.

¿Su hermana? Claro, él la había llamado por su propio nombre y ella no se había dado cuenta. No la había llamado Azure. ¿Qué era lo que sabía él?

—¿Cómo se ha enterado de dónde trabajo?

—He contratado a un investigador privado —respondió él con calma.

—¿Que ha...? —durante un segundo, Amber sintió tanta sorpresa como enfado de saber que un desconocido hubiera estado investigando su vida—. ;Cómo se atreve!

—¿Cómo si no hubiera descubierto la verdad? Me mintió.

—No, no le mentí —protestó ella con falta de convicción—. Le dije una y otra vez que me estaba confundiendo con otra persona.

—Sí, lo hizo la primera noche que fui a su casa. Pero al día siguiente no negó haberse acostado conmigo ni haberme escrito.

—¿De qué me habría servido? -preguntó Amber,ignorando la imagen de Marco y ella en la cama—. Supuse que no lograría convencerle, que no creería nada de lo que le dijera.

—No dijo: «Fue mi hermana quien se acostó con usted en Caracas y tuvo un hijo».

—¿Cómo sabe que tiene un hijo? —preguntó ella asustada.

—¿Por qué si no iba a haber tratado de engañarme? —preguntó Marco a su vez.

—Azure está casada.

—Sí, con el hombre que la abandonó en una ciudad extraña llena de hombres borrachos, ¿no es así?

—Hubo un malentendido entre ellos —contestó Amber, conteniendo las ganas de decirle que él había sido uno de esos hombres.

«El carnaval en Caracas es una locura», le había contado Azure. «La gente baila en la calle sin parar, y bebe. Estábamos en la terraza de un bar y una mujer completamente desnuda, a excepción de unas plumas, tiró de Rickiey se puso a bailar con él. Rickie no se resistió, le estaba gustando demasiado. Tuvimos una pelea y él se marchó, pero yo estaba convencida de que, una vez que se calmara, volvería. Me quedé ahí sola, sentada con una botella de vino por compañía, y un tipo disfrazado de demonio se me acercó y no me dejaba. En eso, apareció Marco e hizo que se fuera. Yo me di cuenta de que Marco debía de ser una persona importante porque los empleados del establecimiento le trataron con suma deferencia. Y... empezamos a hablar.

Y mucho más, pensó Amber.

—Su novio la dejó un rato, se había ido para calmarse —le dijo ella a Marco—. Pero luego se perdió y no sabía cómo volver.

Ni se acordaba del nombre del bar, según le había contado a Azure cuando se reunieron de nuevo en el hotel.

—Entre los dos tenían un solo teléfono móvil, por lo que no podían llamarse —añadió Amber.

«Yo llevaba dos horas esperando a Rickie y estaba muy enfadada», le había explicado Azure. «Marco era un hombre muy atractivo y, después de tomarnos otras dos botellas de vino... En fin, una cosa llevó a la otra».

—Azure cometió una equivocación, eso es todo —le dijo Amber.

—Y usted también —dijo él en tono acusatorio—. No piense ni por un momento que va a volver a engañarme tan fácilmente.

—Por favor... Mi hermana está feliz con su vida y el niño también.

—Y yo lo estaré si ella demuestra que el niño no es mío.

—Ha dicho que, con toda seguridad, el niño no es suyo!

—¿Y usted le ha creído?

—Claro, ¿por qué no? —respondió Amber, no sin vacilar unos segundos antes de contestar.

Dos mujeres jóvenes salieron del edificio.

—Hola, Amber —dijo una de ellas, acercándose en espera que le presentara a aquel hombre-.Vamos a ir a Cringles a tomar una copa con el grupo de siempre. ¿Quieres venir con tu amigo?

Con una deslumbrante sonrisa, Marco se dirigió a la joven que había hecho la pregunta.

—Es usted muy amable, pero Amber y yo tenemos que hablar en privado de unos asuntos.

Las dos jóvenes parecieron desilusionadas; no obstante, se dieron la vuelta y se marcharon.

Marco agarró el brazo de Amber y dijo rápidamente:

—Su hermana no puede seguir evitándome. Y usted, lo quiera o no, va a decirme la verdad.

Amber se puso muy rígida, pero no dijo nada.

—Si lo prefiere, hablaremos en un lugar público. Mi hotel está cerca de aquí, tiene un bar pequeño que no está muy lleno a estas horas.

Amber se permitió que la condujera hasta allí porque, de una forma u otra, tenía que convencerle de que dejara a Azure en paz.

—De acuerdo —dijo Amber por fin.

En el hotel, Marco la llevó,directamente al bar y allí se sentaron en un discreto rincón.

Amber pidió una copa de vino blanco y bebió con cautela, Marco prefirió vino tinto.

Marco también pidió un aperitivo de nachos con salsa para acompañar.

Mientras picaban y bebían, él la observó con expresión ilegible. Amber recordó la sonrisa que le había dedicado a sus amigas, comparándola con la expresión hostil que mostraba hacia ella.

—Mi hermana no ha dicho que el niño fuera suyo —declaró Amber. No era posible que Azure le hubiera mentido al respecto.

Los labios de Marco se curvaron.

—En ese caso, ¿por qué me pidió miles de dólares para ayudar a la crianza del niño?

Amber se estremeció. Azure tenía la tendencia a hacer las cosas sin pensar. La familia albergaba la esperanza de que el matrimonio y la maternidad la hicieran madurar.

—Por desesperación.

—¿Y eso? —dijo él en tono burlón.

—Ella le contó a su marido lo que había ocurrido en Caracas y él estaba muy...

enfadado.

En su opinión, pensaba que su hermana y su marido se parecían mucho. En varias ocasiones, después de una pelea, se habían separado temporalmente.

Marco frunció el ceño.

—¿Es violento él?

—¡No, no! Lo que pasa es que, cuando Rickie la dejó, ella se asustó mucho.

«Rickie me dijo que Benny podría ser de cualquiera», le había contado su hermana sollozando cuando, por fin, le confesó el motivo por el que Rickie se había separado de ella durante un tiempo. «Dijo que no iba a volver. Su familia tampoco sabe dónde está. Incluso ha dejado el trabajo».

—Entonces, ¿se han separado? ¿El niño está sin un padre? —preguntó Marco.

—No, no. Rickie está con ellos, les echaba mucho de menos. Rickie les quiere mucho a los dos. A los dos meses de que volviera con ellos, Azure le preguntó si quería que hicieran una prueba de ADN y Rickie contestó que no.

Amber vio una expresión de incredulidad asomar al rostro de Marco y añadió apasionadamente:

—Es el padre del niño, los dos son buenos padres. Sería muy cruel quitarles a Benny.

Sería también muy cruel para Benny. Eso destrozaría a mi hermana —Amber no pudo evitar que le temblara la voz al hablar.

El temor mayor de Azure no era volver a perder a su marido, sino que Marco Salzano le quitara a su hijo. «La gente con tanto dinero puede hacer lo que quiere», le había dicho Azure. «Pueden pagar a cualquier abogado, por caro que sea. Incluso pueden raptar a los niños».

Amber también quería mucho a Benny y la idea de perderlo le resultaba insoportable.

—El niño es muy pequeño. Yo tengo derecho...

—¡Él también tiene sus, derechos! Y usted ni siquiera le conoce.

—Para eso es para lo que he venido, para conocerle. Y si fuera

mi hijo…

—¡No es su hijo! Si Azure no le hubiera escrito esa estúpida carta, usted no sabría de su existencia.

—Y si ella no quería que lo supiera, ¿por qué me escribió?

Amber cerró los ojos momentáneamente.

—Su marido la había dejado y ella creía que era para siempre, tenía que afrontar sola el pago de una hipoteca… Mis padres habían avalado la hipoteca; por lo que, si ella no podía pagarla, mis padres podían perder su propia casa.

—Una tontería por parte de ellos avalar la hipoteca.

—Los padres hacen cualquier cosa por sus hijos —contestó Amber a la defensiva. Su padre, después de un infarto, había vendido la granja, se había jubilado y se había ido a vivir a la ciudad, a una pequeña casa que le había costado casi todo el dinero después de la venta—. Usted no sabe lo que es no tener mucho dinero ni lo que sería perder un hijo, como podría pasarle a mi hermana si usted se llevara a Benny.

Una sombra de dolor asomó al semblante de Marco.

—Se equivoca —dijo él con voz perdida—, sé perfectamente lo que es perder un hijo.

Hace unos años, mi hijo de siete años murió… junto con su madre, mi esposa.

Capítulo 4

A AMBER se le secó la garganta. Sintió frío y, después, calor en el rostro. ¿Marco había estado casado? ¿Había tenido un hijo?

—Lo siento, no lo sabía —dijo ella cuando recuperó el habla.

Marco se encogió de hombros.

—¿Cómo iba a saberlo? Su hermana y yo no tuvimos tiempo para hablar de asuntos personales durante… nuestro breve encuentro. Pero el día que estuvimos juntos era el aniversario de sus muertes —sólo una ligera espesura en su voz sugirió emoción— Unos amigos me convencieron de salir a celebrar el carnaval. Lo hicieron pensando en que me haría bien; sin embargo, cuando nos separamos, no tenía ganas de ir a buscarles y continuar la fiesta. Por eso fui a tomar una copa solo. Una equivocación.

Y continué bebiendo con su hermana… más de la cuenta. Otra equivocación.

—Lo siento —repitió Amber—, me refiero a lo de su familia. ¿Tiene… tenían usted y su esposa más hijos?

—No. Mi esposa tuvo problemas durante el embarazo y también con el parto, así que me negué a que volviera a pasar por aquel calvario. Pero el niño… —en los ojos de Marco, Amber vio placer y dolor—. El niño era muy sano, y muy listo y cariñoso, como su madre. Siempre estaba riendo. Aunque también tenía genio, como su padre.

Sin embargo, yo le recuerdo riendo.

Amber se encontró incapaz de hablar. No había esperado aquel aspecto de Marco Salzano: un padre sufriendo la pérdida de su hijo.

Marco agarró su copa y la vació; después, hizo un gesto a un camarero para que volviera a llenársela.

—¿Quiere más? —le preguntó Marco a Amber señalando la copa.

Amber sacudió la cabeza y picó del plato. No creía poder preguntarle a Marco cómo habían muerto su esposa y su hijo. ¿Quizá en un accidente?

Marco erradicó la tristeza de su mirada. Ahora, sus ojos escondían toda emoción. Era evidente que no quería seguir hablando del tema.

Pero... ¿no cambiaba eso todo?

Un hombre que había perdido a su único hijo y a quien, de repente, se le presentan con otro no era un hombre egoísta y posesivo. Su insistencia en ver al pequeño era comprensible.

Sin embargo, también era comprensible el temor de Azure de perder a su hijo.

Y la lealtad de Amber estaba con su hermana. Marco había descubierto su engaño, pero... ¿seguía empeñado en conocer a Benny? Y de ser así, ¿no era natural que quisiera reclamarlo como suyo y llevárselo a su país?

El camarero llevó otra copa de vino y Amber, en un intento por hacerle comprender, dijo:

—Aun en el caso de que el niño fuera suyo, debe pensar en lo que es mejor para él.

—Yo podría darle todo lo que necesita.

—¿Todo? -Amber mostró escepticismo con el gesto-. El niño tiene unos padres que le adoran. Dos. ¿Qué haría usted, contratar a una niñera?

—Le querría -respondió Marco mirándola fijamente a los ojos-. Y me aseguraría de que estuviera bien y fuese feliz. Y de ser necesario, me casaría otra vez... si encontrara a la persona adecuada.

—¿Para darle una madre al niño? Ya tiene una. Compadezco a la mujer con la que usted se casara por el niño.

—Tendría todo lo que quisiera.

—Excepto su amor.

—El amor tiene muchas caras.

—Si usted quiere demostrar amor por este... este posible hijo suyo, lo mejor que puede hacer es marcharse y olvidarse de él.

—¿En serio piensa lo que dice?

—Sus padres le adoran. Son buena gente. No son ricos, pero le saben cuidar muy bien.

—Su «padre», al parecer, les abandonó dejándoles sin dinero y a punto de que les echaran de su casa. Eso es un comportamiento irresponsable.

—Fue una equivocación.

La boca de Marco esbozó una mueca burlona. -¿Otra equivocación?

—El se había cambiado de trabajo y el pago mensual de la hipoteca salía de su paga, pero alguien se equivocó con los papeles y el pago se retrasó. Se lo explicó todo a Azure cuando volvió con ella, y también le dijo que no podía vivir sin ella y sin el niño.

Una furia contenida asomó a la mirada de Marco.

—La madre del niño es una mentirosa y una extorsionista, y fue infiel a su marido.

Puede que un juez no les considerase apropiados para ser padres.

—¡Habla como si mi hermana fuera una delincuente! Pues no lo es. ¡Y ella y Rickie no estaban casados cuando... cuando estaban en Venezuela! Y fue la única vez que mi hermana se acostó con otro.

—Eso usted no puede saberlo con seguridad.

—Eso es lo que me ha dicho mi hermana y yo la creo. Rickie y ella se conocen desde el colegio y siempre han estado juntos.

La expresión de Marco mostró escepticismo.

—Tardaron mucho tiempo en decidir casarse, ¿no le parece?

—En la actualidad, la gente tarda más en casarse. Las parejas suelen vivir juntas antes de casarse. No sé cómo será en su país, pero aquí es así. Y se casaron siete meses antes de que naciera el niño.

Marco agarró la copa de vino y la vació de un trago.

—Insisto en que se haga la prueba de ADN.

—¡No! -Azure apretó al niño contra su pecho como si Marco estuviera allí y hubiera ido a quitárselo.

—¿Por qué no? -de nuevo, Amber estaba sentada a la mesa en la cocina de su hermana. Le había prometido a Marco darle el mensaje a Azure a cambio de que él no fuera a verla—. Si Rickie es su padre natural, no tienes por qué preocuparte.

—No puedo hacerlo. No lo haré —los ojos de Azure mostraban miedo.

—Pero tú le dijiste a Rickie...

—No quiero volver a poner en peligro mi matrimonio. Rickie estaba conmigo cuando tuve a Benny, fue la primera persona qué lo tuvo en sus brazos, incluso antes que yo.

Se ha levantado por las noches para cambiarle los pañales, para darle el biberón...

¡Benny le adora! En el certificado de nacimiento de Benny es el

nombre de Rickie el que consta como padre y, además, jurídicamente, el marido de una mujer es el padre del niño. Lo he mirado.

—¿En serio? Pero si otro hombre puede demostrar...

—¿Demostrar qué? —gritó Azure—. ¿Que, por un accidente, el esperma de otro hombre produjo a mi hijo? Rickie es su verdadero padre.

—¿No sería mejor asegurarse de ello? —preguntó Amber.

Azure sacudió la cabeza con vehemencia.

—Rickie dijo que Benny es su hijo y nada puede cambiar eso, y es verdad. Es verdad

—sollozando, Azure besó el cuello de su pequeño—. Yo tengo la culpa de lo que pasa, pero no es justo que Rickie y Benny sufran las consecuencias.

Amber se levantó de la silla y abrazó a su hermana y a su sobrino.

—Quizá pudiera realizarse la prueba de ADN sin que Rickie se enterase. Si tienes razón, no tienes por qué preocuparte y Marco se marchará.

—No, no voy a hacerlo a espaldas de Rickie. Y si el resultado fuera el que no quiero...

¡No, no podría soportarlo! ¡Por favor, Amber, haz que se vaya!

El último grito había sonado exactamente como el grito de una niña de seis años pidiéndole a su hermana mayor de nueve que hiciera que los monstruos desapareciesen.

Pero no creía que fuera a ser fácil hacer desaparecer a Marco Salzano.

—Ahora mismo voy —dijo Marco cuando ella le telefoneó al hotel para decirle que quería hablar con el cara a cara—. A menos que prefiera venir aquí...

—Yo iré al hotel —respondió Amber. Era terreno neutral.

Marco la recibió en el vestíbulo, que estaba lleno de gente.

—Tendremos que hablar en mi suite —dijo él—. Al parecer, se está celebrando una convención en el hotel.

La suite era lujosa, la cama doble se veía a través de la puerta abierta del cuarto de estar. Encima de un escritorio había un ordenador portátil y a su lado unos papeles.

Un teléfono móvil parecía conectado al ordenador.

—¿Ha estado trabajando? —le preguntó Amber sin poder ocultar su sorpresa.

—Internet es un invento maravilloso —Marco le indicó un asiento antes de sentarse él mismo alrededor de una mesa redonda baja en la que había dos botellas de vino y una bandeja con cosas para picar—. Me posibilita atender a mis negocios aun estando fuera.

—Yo creía... —Amber se interrumpió.

—¿Qué es lo que creía? —dijo él, instándole a que continuara mientras agarraba una de las botellas de vino.

—Que no necesitaba trabajar, respondió ella con cierto embarazo.

—¿Creía que me pasaba el tiempo jugando al polo y asistiendo a fiestas?

—No es eso exactamente. La verdad es que no tengo idea de cómo pasa el tiempo.

Marco alzó la botella.

—La última vez tomó vino blanco. He pedido una botella de blanco y otra de tinto, los dos son vinos de Nueva Zelanda que, según el sumiller del hotel, son excelentes.

Pero si prefiere otra cosa...

—No, está bien así —Amber asintió mirando a la botella.

Marco sirvió dos copas y, reanudando la conversación, dijo:

—Dirijo lo que ustedes llamarían un rancho, un hato en mi país, que pertenece a mi familia. Llevamos un negocio turístico y tenemos ganado para carne que exportamos.

Además, tenemos otros negocios y responsabilidades con la comunidad. Yo estoy al frente de todo desde que mi padre murió.

—¿Ha dicho tenemos?

—Tengo dos hermanas, una de ellas con hijos, y también está mi madre. Además, algunos tíos y primos tienen intereses económicos en el negocio familiar.

—Por lo que dice, parece un imperio. Marco se echó a reír, lo que transformó su rostro, haciéndole parecer más joven y feliz.

—No, no soy un emperador, sino un llanero trabajador. Un ganadero. Además, tenemos negocios de diversos tipos.

—Su inglés es muy bueno —comentó ella.

—De adolescente, pasé algún tiempo en los Estados Unidos. Allí

estudié el negocio de la ganadería y alguna cosa más.

Marco la miró por encima del borde de su copa y añadió:

—Su hermana... ¿ha accedido a someter al niño a la prueba de ADN?

Amber se puso tensa al instante; después, para darse valor a sí misma, bebió un sorbo de vino.

—Mi hermana... ha dicho que no. Pero, por favor, intente comprenderla. ¿Qué significan unas horas con usted comparado con toda una vida con su esposo? Es demasiado tarde para que usted reclame al niño, aunque resultase ser su padre bioló-

gico. El niño pertenece a Azzie.

La expresión de Marco no cambió, pero Amber se dio cuenta de que estaba pensando. Ella decidió continuar para tratar de convencerle.

—Azure le tuvo en su vientre durante nueve meses, le trajo al mundo y está dispuesta a hacer lo que sea por el bienestar del niño. Se equivocó al acostarse con usted y al no tener más cuidado al hacerlo, pero eso es lo único que se le puede reprochar. Y separar al niño de sus padres y sacarlo de su país no sería bueno para él.

Marco se puso en pie y se acercó a la ventana con la copa de vino en la mano. Allí, pensativo, contempló las luces de la ciudad reflejadas en las aguas del puerto.

Amber contuvo la respiración cuando le vio moverse y le oyó decir sin volverse:

—Creo que podría conseguir, una orden judicial para forzar la prueba de ADN.

Estaba claro que él también se había informado. Ella se levantó del asiento y se acercó a Marco; entonces, él se volvió y la miró a la cara.

—Usted quería a su hijo, que murió, y debía de querer lo mejor para él —dijo Amber

—. Pero no puede sustituir a un niño con otro. Me doy cuenta de que aún sufre la pérdida de su hijo, pero... ¿estaría dispuesto a hacer sufrir a unos padres que quieren tanto a su hijo como usted quería al suyo?

Por fin, la expresión de él se suavizó.

—Ha presentado usted la causa de su hermana con vehemencia —dijo Marco—. Su hermana tiene mucha suerte de contar con

usted.

—No se hace idea del miedo que tiene —contestó Amber—. Si pudiera ver lo mucho que quiere a Ben...

Marco alzó una mano y le selló los labios con un dedo.

—Es suficiente.

Amber no comprendía por qué la miraba así, ni siquiera cuando Marco bajó la mano.

—¿Qué... qué va a hacer? —preguntó ella, temiendo la respuesta.

—Ahora mismo no puedo responder a su pregunta. No es cosa de decidir en un instante.

Amber guardó silencio. Marco tenía razón, ella no podía pedirle más; sobre todo, a un hombre que había sufrido la pérdida de su familia y luego había descubierto que podía tener un hijo que no conocía.

—Lo comprendo —dijo ella asintiendo.

—Lo dudo —dijo Marco con una nota de ironía en la voz.

—Sí, tiene razón, supongo que lo que he dicho ha sido una estupidez.

—Usted no es estúpida —dijo Marco—. Fiel sí, quizá excesivamente. Compasiva, cariñosa... y hermosa. ¿Su hermana y usted... están muy unidas?

—Sí, Azure y yo estamos muy unidas. Sólo quedamos las dos.

—Se parecen mucho.

Amber asintió.

—Pero si hubiera conocido mejor a mi hermana pequeña, jamás la habría confundido conmigo.

—¿Hermana pequeña? —Marco arqueó las cejas.

Desde su punto de vista, Azure debía de ser una mujer completamente adulta: estaba casada, había tenido un hijo...

—En fin, creo que debo marcharme ya —dijo ella—. ¿Pensará en... todo esto?

—No he hecho otra cosa desde que he llegado aquí.

—Y, por favor, no haga nada sin decirme antes lo que ha decidido.

—A cambio de que me haga una promesa —dijo Marco.

—¿Qué promesa? —preguntó ella con cautela.

—En realidad, dos promesas. Una, que no desaparezcan con el

niño. Dos… que cene conmigo esta noche o mañana.

—Mañana por la noche no puedo —había preparado una despedida de soltera para una antigua amiga del colegio.

—¿Cuándo entonces?

—El lunes por la noche lo tengo libre.

Él la acompañó a la puerta y la abrió.

—La llamaré por teléfono —le prometió Marco, y le acarició la mejilla con los labios antes de apartarse y cederle el paso.

Amber sintió como si una corriente eléctrica le hubiera traspasado el cuerpo y se quedó mirándole fijamente, con los labios entreabiertos.

El brillo de la mirada de él la mantuvo cautiva durante unos instantes.

—Buenas noches —dijo Amber por fin con voz ahogada.

El restaurante era fabuloso. Amber se alegró de ir bien arreglada. Había elegido un vestido de seda azul, su escote lo adornaba un colgante indígena diseñado por un artista maorí.

Mientras les conducían a su mesa, los tacones se le hundían en la espesa alfombra. El camarero la ayudó a sentarse en una silla tapizada en terciopelo antes de darles la carta.

Amber había oído hablar del excéntrico arte del chef propietario del restaurante, pero jamás había cruzado la augusta entrada de aquel edificio histórico que albergaba Parnell, el famoso establecimiento.

Si Marco había querido impresionarla, lo había conseguido. No obstante, aquello debía de ser normal para él. Suponía que Marco estaba acostumbrado a lo mejor y podía pagarlo.

—¿Va a decirme qué ha decidido? —preguntó ella cuando ambos estuvieron acomodados.

Más tarde —respondió Marco—. Cenemos primero—. Por favor, Amber, tranquilícese. La preocupación podría quitarle el apetito y no hay necesidad.

¿Significaba eso que Marco había decidido marcharse? Por extraño que le resultara, la idea de su marcha le dejó una sensación de vacío.

Tomaron una copa mientras esperaban a que les llevaran la comida y Marco hizo conversación ligera, haciéndole preguntas sobre la vida en Nueva Zelanda y la gente, y también sobre su

trabajo. Ella le contó anécdotas relacionadas con su trabajo de investigación y también sobre el mundo del cine y la televisión; y cuando él rió en un par de ocasiones, ella se sintió culpable por el placer que sintió. No le parecía bien disfrutar con la compañía de Marco Salzano.

La comida, cuando llegó, estaba perfectamente presentada y cocinada, y Marco eligió con acierto los vinos que acompañaron a cada plato.

Durante el ligero postre, ella le preguntó sobre Venezuela y vio una nueva expresión iluminar los ojos de Marco mientras hablaba del distrito de Los Llanos, de los caballos y del ganado, y de cómo desde los doce años había ayudado como guía durante las visitas de los turistas a sus tierras. Por lo que él dijo, Amber supuso que las tierras de Marco debían de ser en extensión parecidas a un pequeño país; en ellas había jaguares,pumas, monos, ocelotes y un animal llamado capibara.

—Muchos de nuestros animales están en peligro de extinción -dijo él-. El ecoturismo es un gran negocio en Venezuela. Hace ya treinta y cuatro años que nuestro hato es una reserva natural donde no se permite la caza.

—¿Y el ganado? ¿Cómo coexiste el ganado con los animales salvajes?

—Perdemos algo de ganado, que se comen los felinos más grandes. Pero el ganado no influye negativamente en el sistema ecológico. En algunos lugares hemos canalizado el agua para el ganado, pero los animales salvajes también usan esos lugares para beber.

Cuando terminaron la cena, Marco apartó su plato, apoyó los brazos en la mesa y se la quedó mirando fijamente.

—Como usted sugirió, he estado pensando en este asunto. Pero... -Marco, interrumpiéndose, miró a su alrededor-. Quizá no sea éste el lugar apropiado para hablar de ello. ¿Le parece que vayamos a mi hotel a tomar café? Después, la llevaré a su casa.

Amber asintió.

—De acuerdo.

El hotel estaba más tranquilo y se sentaron a una mesa en un rincón del bar, apartados de los demás clientes. Tensa de nuevo, Amber bebió un sorbo de su capuchino.

—Puede que tenga razón -dijo Marco mientras revolvía con la cuchara el azúcar en el café-, que lo mejor para el niño sea permanecer con su hermana y su marido.

Un inmenso alivio la invadió. Impulsivamente, extendió el brazo y cubrió la mano de marco con la suya.

—¡Gracias, gracias! Es lo mejor, aunque sé que debe ser muy duro para usted.

De repente, consciente del calor y la fuerza de la mano de Marco, Amber fue a apartar la suya; sin embargo, con la velocidad del rayo, Marco le atrapó dedos.

—No se precipite, voy a poner ciertas condiciones-dijo él.

—¿Qué condiciones? -preguntó ella con súbita aprensión.

Marco guardó silencio durante unos momentos; sin darse cuenta aparentemente, Marco le acarició la mano con la yema del dedo pulgar, haciéndola temblar de un placer que no quería sentir. Entonces, bajando la mirada, él dijo:

—Voy a proponerle un trato... En la carta que me envió, su hermana no mencionó el hecho de que estuviera casada. Yo supuse que estaba soltera.

—Por aquel entonces...

—Lo sé -Marco alzó una mano y continuó-: Yo esperaba que si ella no quería dejar a su hijo aceptaría casarse conmigo y venir a vivir a Venezuela. Amber abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Me parecía la solución más práctica -añadió Marco-. Por supuesto, pensando en el niño. Pero usted me ha dicho que está casada y que su marido ha vuelto con ella, y me ha pedido que los deje en paz.

Marco hizo una pausa y ella preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—La quiero a usted -respondió Marco con implacable serenidad-. No como amante, Amber, eso no. Quiero que se case conmigo y que me dé un hijo.

Capítulo 5

AMBER, perpleja, no se movió. ¿Casarse con Marco Salzano? Después de unos segundos, consiguió graznar

—¡No es posible que hable en serio!

—No hago proposiciones matrimoniales de broma -contestó Marco-. Hablo completamente en serio.

Un súbito frío recorrió el cuerpo de Amber. Marco Salzano no se había enamorado de ella, estaba sugiriendo una solución a un problema que no tenía solución, una monstruosa solución. Y ella era el animal a sacrificar.

—Esto es... un chantaje -dijo Amber.

Marco frunció el ceño.

—Es una negociación. Usted puede negarse, pero ésa es mi oferta.

—¿Un matrimonio de conveniencia y un niño para sustituir a otro?

—Está enfadada. ¿Por qué?

—¿Que por qué? -enfadada era lo mínimo que estaba-. ¿Qué esperaba, que me sintiera halagada? Marco enderezó la espalda con gesto ofendido. -No es ningún insulto pedir que se case con un Salzano.

—¡Usted no me lo ha pedido, me lo ha exigido! A cambio de...

—De renunciar a mi hijo-Marco se mantuvo inamovible-. No creo que sea un precio excesivo.

—¡No es su hijo! -exclamó ella, inclinándose hacia delante para dar énfasil a sus palabras.

—Eso no lo sé. Sin embargo, si acepta mi oferta,le juro que renunciaré a él, a excepción de portarme con él como un tío cariñoso. ¿Está bautizado?

—¿Qué?

—¿Que si tiene padrinos? Me gustaría...

—¡Sí! -respondió ella inmediatamente-. Yo soy la madrina y el padrino es el hermano de Rickie.

—En ese caso, seré un padrino honorario si acepta casarse conmigo.

—¡No voy a casarme con usted! ¡Está loco! Búsquese a otra

yegua.

Amber empujó su silla hacia atrás, agarró su bolso y las llaves, salió al vestíbulo y después a la calle, donde encontró una fila de taxis esperando clientes. Después de meterse en uno, descubrió que Marco la había seguido y que estaba a su lado antes de que le hubiera dado tiempo a cerrar la puerta.

Instintivamente, Amber se apartó de él y dijo:

—¡Salga de aquí! -pero sus palabras fueron ahogadas por las de él, dándole al taxista la dirección de la casa de ella.

Por fin, rindiéndose, Amber se abrochó el cinturón de seguridad e intentó pensar racionalmente. ¿Podría ella, en secreto, tomar una muestra de la saliva de Benny y llevarla a que le hicieran la prueba de ADN? ¿A espaldas de Azure y en contra de su voluntad?

¿Y si resultaba ser hijo de Marco?

Tras lanzar una disimulada mirada al perfil de Marco, comprobó su expresión de determinación. Lo que él le había dicho no había sido producto de un capricho pasajero, había reflexionado sobre el asunto y había tomado una decisión con frialdad y lógica, sopesando los pros y los contras.

De repente, sintió ganas de gritar. Sentía un enorme peso en el pecho que no podía describir ni comprender. Seguía enfadada, furiosa, y no quería admitir que su enfado se debía a un profundo y oculto dolor.

Cuando llegaron a su casa, Amber ni siquiera intentó impedirle que entrara.

Encendió la luz del cuarto de estar, dejó el bolso en una de las cajas rojas que hacían de mesas auxiliares y se volvió para enfrentarse a Marco. No se sentó ni le invitó a él a hacerlo.

—No es posible que espere que deje mi casa, mi familia, mi trabajo e incluso mi país.

—No necesitará trabajar. Su familia podrá ir a verla tantas veces como quiera, yo pagaré los viajes. Y podrá volver aquí cuando lo desee... después de darme un hijo.

—¿Y dejar a mi hijo con usted? -jamás haría una cosa así. Incluso echaba de menos a Benny cuando pasaba una o dos semanas sin verle.

Marco se encogió de hombros.

—Será su elección. En mi religión, el matrimonio es para toda la

vida, pero yo jamás la obligaría a quedarse ni la prohibiría que viera al niño, o niña, cuando quisiera.

—¡Qué generoso!

—Quizá... más de lo que cree.

—¿Y si yo no pudiera tener hijos? —preguntó Amber.

Marco frunció el ceño.

—¿Hay algún motivo por el que piense que no puede?

—No —admitió Amber—. Pero, a veces, ocurre.

—En ese caso, se vería qué se puede hacer. Le advierto que me enteraría si tratara de engañarme deliberadamente.

Amber no podía creer que estuvieran manteniendo esa conversación. No podía casarse con él. Eso no era asunto suyo.

Entonces, pensó en Benny y en cómo se le iluminaba el rostro cuando estaba con sus padres. Y también pensó en sus propios padres y en lo mucho que querían a su nieto.

Toda su familia quedaría destrozada si Marco se llevara al niño a Sudamérica. Y

también la familia de Rickie, que era muy extensa.

—Tiene que haber otra solución —murmuró ella.

—Sabe que es la única solución —viéndola morderse los labios, Marco se le acercó—No castigue a su preciosa boca de esa manera.

Amber interrumpió la involuntaria acción.

El dedo pulgar de Marco le acarició los labios suavemente. Después, le alzó la barbilla y la besó con la misma suavidad. Fue un gesto tan tierno que ella tardó unos segundos en recuperar el sentido y dar un paso hacia atrás mientras sentía un extraño cosquilleo en todo el cuerpo.

—No será tan terrible —dijo él con voz seductora—. Le prometo que seré un amante considerado. Mi hogar es cómodo y tengo empleados, y mi país es muy hermoso. No carecerá de nada.

Amber era consciente de la enorme diferencia que había entre sus estilos de vida.

—Jamás me acostumbraría.

—Le aseguro que mi familia la recibiría con los brazos abiertos. Mis hermanas no hacen más que insistir en que me case.

—¡Basta! —gritó ella llevándose las manos a las sienes y cerrando los ojos momentáneamente.

—Si necesita tiempo para pensarlo, esperaré —dijo él.

Entonces, capturó la boca de ella con la suya suavemente. Después, Marco se apartó de ella y, agarrandole las manos, se las besó y, al momento,las soltó.

—Pero no esperaré demasiado —añadió él.

Y tras esas palabras, Marco se dio media vuelta marchó.

—Ese hombre está loco —dijo Amber en voz alta vez que se encontró sola.

Y ella también estaba loca por considerar la posibilidad de marcharse a Venezuela, pensó Amber mientras se dirigía al cuarto de baño. Allí, se echó agua fría en el rostro.

Aquella noche no logró dormir, soñó despierta estar casada con un hombre que, con sólo mirarla, la hacía consciente de su feminidad de un modo nuevo para ella y que la hacía temblar de placer con un simple roce de sus labios.

«El sexo no dura mucho», se dijo a sí misma en silencio antes de recordar que el interés sexual de ese hombre por ella se limitaba a hacerla concebir.

Al día siguiente después de salir del trabajo, Amber pasó un par de horas en un bar cercano con unos compañeros de trabajo celebrando la conclusión del último proyecto en el que habían trabajado. No obstante, no logró dejar de pensar en Marco y en su proposición.

Después de tomar un par de copas de más, Amber tomó un autobús y se fue a su casa.

El teléfono estaba sonando cuando abrió la puerta.

El exceso de alcohol la hizo más impaciente y menos tolerante con su hermana, la responsable de que se encontrara en el apuro en el que estaba.

—Marco me ha pedido que me case con él —le dijo Amber a su hermana.

—¿Qué? —gritó Azure—. Amber, la broma no tiene gracia.

—No es una broma. Quiere que le dé un hijo.

—No es posible que te lo haya dicho en serio.

—¿Por qué no? Le parezco guapa y… la verdad es que él a mí también.

—¡No puedes casarte con él, Amber! ¡No voy a permitirlo! ¿Es que no te das cuenta de que el único motivo por el que te lo ha pedido es para estar cerca de Benny? ¿Qué es eso de que quiere que

le des un hijo?

—Venezuela no está cerca de Nueva Zelanda —respondió Amber irritada—. Bueno, dime, ¿quieres hacerle la prueba de ADN a Benny?

—¿Qué tiene eso que ver con lo que me estás diciendo? Te he dicho que jamás... —Azure hizo una pausa—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque Marco ha dicho que jamás os molestará ni a ti ni a Benny si yo le doy un hijo.

Azure guardó silencio durante lo que pareció tema eternidad. Por fin, dijo con voz temblorosa:

—No puedes casarte así con un hombre. Yo tengo la culpa de todo. Haré lo que tú quieras. Azure parecía haberse dado por vencida y el enfado de Amber desapareció.

—Primero tendré que decírselo a Rickie —dijo Azure en voz baja—. No sé si nuestro matrimonio sobrevivirá, pero no puedo destrozar tu vida. De todos modos gracias por todo lo que has hecho. Amber. Eres la mejor hermana del mundo.

—¡Espera Azzie, os quiero mucho a ti y a Benny. Marco no es una mala persona. Tú no sabías que tenía una esposa y un hijo, ¿verdad? Los dos fallecieran.

—Eso es... terrible —dijo Azure—. Pero... —No tomes ninguna decisión, espera a que yo te llame —dijo Amber. Apenas había colgado el auricular cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Se encuentra bien? He estado llamando toda la tarde —le dijo Marco de inmediato.

—Estaba con unos amigos tomando una copa —respondió Amber, a pesar de que no le debía ninguna explicación a ese hombre.

—Muy bien.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella.

—Ya le he dicho lo que quiero, Amber —dijo él bajando la voz —. No puedo permanecer aquí mucho más tiempo.

—Espero que se dé cuenta de que lo que ha dicho es imposible y...

—Nada es imposible —le contradijo Marco.

—He hablado con Azure —confesó ella.

—¿Y qué ha dicho?

«Haré lo que tú quieras. ¡No puedes casarte con él, Amber!». Pero Amber recordó el temblor en la voz de su hermana, su vulnerabilidad...

Tras respirar profundamente, Amber contestó:

—Ha dicho que no va a someter al niño a la prueba de ADN.

Se hizó un prolongado silencio. Después...

—¿Tiene pasaporte en regla?

—Sí —Amber tragó saliva.

—Hoy mismo he solicitado los papeles necesarios para que nos casemos, supongo que los tendré en tres días. También estoy arreglándole un visado para que pueda entrar en Venezuela, que estará listo en unos días más, después de que usted rellene unos formularios y presente el certificado de nacimiento. Digamos que podríamos casarnos dentro de una semana.

Sintiéndose como si se encontrara en un universo paralelo, Amber contestó:

—Usted... no pierde el tiempo.

—Como ya le he dicho, no puedo seguir aquí mucho más.

—Estoy dispuesta a acompañarle a Venezuela, pero creía que podríamos casarnos allí; después de...en fin, después de conocer a su familia y conocerle mejor a usted.

—Podrá conocer a mi familia y a mí después de nuestro matrimonio. Es mucho más sencillo de esta manera para los trámites legales, es mejor que entre en Venezuela como mi esposa. Y no se preocupe de que yo exija mis derechos en contra de su voluntad. Sin embargo, tenemos que hablar de muchas cosas. ¿Podría ir a verla ahora?

—Me sorprende que me pida permiso —confesó ella.

—Estaré en su casa dentro de quince minutos.

—¿Cómo voy a decirles a mis padres que voy a casarme con un hombre al que acabo de conocer y vive en el otro extremo del mundo? —dijo Amber de pie junto a la chimenea del cuarto de estar—.!Y semana que viene!

Marco tampoco se había sentado. La miraba a una distancia de dos metros, sus ojos fijos, implacables, fijos en ella.

—Dígales que ha sido un flechazo —sugirió él—.Que no podemos estar separados y que yo estoy ansioso por presentarla a mi familia.

—!No! No voy a hacer eso. Además, nunca me creerán.

—En ese caso, no les diga que nos vamos a casar. Dígales que va a venir conmigo de visita y con el fin de que nos conozcamos mejor, como usted dijo antes. Ya les dirá lo que quiera después.

—¿Está pidiéndome que mienta a mis padres?

—Lo que les diga a sus padres es asunto suyo. Voy a pedir cita en el juzgado para que nos casemos. ¿Tiene alguna preferencia? ¿Por la mañana, por la tarde? No demasiado tarde, me gustaría tomar el avión ese mismo día.

—Me da igual —de repente, Amber empalideció visiblemente.

Marco, notándolo, le agarró los brazos y dijo: —Será mejor que se siente.

Amber le apartó las manos

—No quiero sentarme. No puedo creer que quiera hacer eso.

—No cambio de idea con facilidad —dijo Marco bajando la voz, con tono seductor—Y espero que usted tampoco cambie de idea.

Y entonces, de súbito, la estrechó en sus brazos y la besó; esta vez, prolongada y concienzudamente.

Cuando Marco se separó de ella, murmuró:

—No tengo intención de hacerla infeliz, querida.

Sin comprender lo que le estaba pasando y como en una nube, Amber se preguntó cómo ese hombre podía hacerla derretirse con tanta facilidad.

Sabía que lo que debía hacer era decirle a Azure que no podía casarse con Marco y que sometiera a Benny a la prueba de ADN. Sin embargo, lo que dijo fue:

—Está bien, como usted quiera. Y ahora, por favor, déjeme sola.

Capítulo 6

—PERO Amber —dijo Azure por el teléfono— te dije que...

—Todavía no me he casado —tergiversación—.Primero voy a ir a Venezuela para conocer a su familia y ver qué tal me va con él. Es un país interesante y el rancho de Marco debe de ser fascinante. Al parecer, hay toda clase de aves en su hacienda: loros, flamencos y cientos de pájaros diferentes. Lo he mirado en Internet.

Eso sí era cierto. El hato de la familia Salzano aparecía en numerosos blogs de viales, y en una página web se hablaba de la historia de la familia.

En otra, se enteró de que Marco era miembro de la junta directiva de una organización dedicada a la ayuda de la población nativa. Al parecer, había cedido una parte de sus tierras para dicha población y había construido una escuela y un centro médico, lo que le había ganado críticas por parte otros grandes terratenientes e incluso de miembros de su familia.

—¡No es posible que se te pase por la cabeza casarte con él! —dijo Azure con inseguridad.

Sí. Por el bien de Benny.

—Marco acabaría siendo un miembro de nuestra familia -dijo Azure presa del pánico-. ¿Y si...?

—¿Se te ocurre una idea mejor? -preguntó Amber exasperada-. Yo tampoco quiero ver a Benny como objeto de una lucha por su custodia.

Entonces, calmándose, Añadió:

—No te preocupes, será una aventura para mí.

A sus padres les había dicho que se le había presentado la oportunidad de trabajar en una reserva natural en Venezuela, que se iba a la semana siguiente y que no sabía cuánto tiempo estaría fuera.

Mentir se había convertido en una constante en su vida.

En el trabajo había dicho lo mismo. Respecto a su casa, había decidido mantenerla, sin alquilarla, por lo que pudiera pasar. Le había pedido a su hermana que fuera a la casa de vez en cuando para comprobar que todo estuviera bien.

El vuelo a Venezuela fue largo y pesado, a pesar de la

comodidad de viajar en primera.

En el avión, medio adormilada, repasó mentalmente los acontecimientos de los últimos días: la despedida con sus padres, el adiós a su hermana, el abrazo a Benny...

Su boda había sido breve. Había llovido y ella había pasado mucho frío con el vestido verde y la fina chaqueta que, tras mucho pensar, había decidido ponerse.

Marco había llevado un clavel en el ojal de la chaqueta del traje y le había dado un ramo de capullos de color crema.

Al recibir las flores, sin saber por qué, ella había sacudido la cabeza y luego había hundido el rostro al el ramo de flores, presa de la emoción. Marco le había agarrado la mano, se la había besado y le había dicho:

—Estás nerviosa, pero pronto acabará esto.

¿Acabar? Sólo era el principio.

En Caracas, un coche con chófer les esperaba y llevó a un hotel. Amber recordaba que Marco tenía un piso en la ciudad, el lugar al que había llevado Azure. Quizá fuese un gesto de delicadeza por parte de él, pensó con los ojos fijos en las camas gemelas de la habitación a la que les habían conducido. -Necesitas descansar antes de que te presente a mi familia -dijo Marco-. Por otra parte, yo tengo que atender unos asuntos hoy por la mañana. Intentaré tardar lo menos posible, espero que no te importe quedarte sola unas horas. ¿Qué cama prefieres?

Amber dejó el bolso en la cama que tenía más cerca y dijo:

—¿Quieres utilizar el baño?

—Tenemos dos -Marco le indicó la puerta más cercana de las dos que había.

Amber se dio una ducha y salió del baño cubierta con un camisón de satén sintético.

Cuando Marco salió del otro cuarto de baño, ella estaba en la cama y dormida.

Amber se despertó a plena luz del día y le vio de pie delante de la ventana, vestido con camisa blanca y unos pantalones deportivos color tierra. Cuando ella se incorporó hasta sentarse, Marco debió de oír el roce de las sábanas porque dijo:

—Buenos días. ¿Te encuentas mejor ya?

—¿Qué hora es? —preguntó Amber—. ¿Y qué día?

—Son las once de la mañana. Es miércoles.

—¿Miércoles todavía? Habían salido de Nueva Zelanda el miércoles. El viaje les había hecho ganar un día.

—Deberías haberme despertado.

—Como ya te había dicho, tenía que atender a unos asuntos en Caracas y tú... estabas dormida como un ángel.

Desconcertada, Amber preguntó:

—Ya has ido y has vuelto.

—Sí. Ahora, soy todo tuyo.

¿Suyo? Si de algo estaba segura, era de que Marco Salzano no pertenecía a nadie sino a sí mismo.

Amber apartó la ropa de la cama, no sin notar el interés de la mirada de Marco fija en sus piernas mientras se levantaba. Rápidamente, agarró una ropa de la maleta y fue directamente al cuarto de baño.

Cuando salió, Marco estaba tumbado en la otra cama con los brazos debajo de la cabeza. Ella se había puesto unos pantalones de algodón y una camisa sin mangas con un tejido estampado en flores.

—Si quieres, podemos quedarnos en Caracas uno o dos días. Te enseñaré la capital.

—Creía que tenías prisa en volver a tu casa comentó ella.

—Sí ,-respondió Marco levantándose de la cama. Entonces, acercándose a ella, le puso las manos en la cintura, haciendo que el pulso se le acelerara—. Pero soy consciente de que esto debe de ser difícil para ti, dadas las circunstancias. Quizá te vinieran bien un par de días de adaptación antes de ir a El Paraíso, mi finca.

—Una visita turística por Caracas no me va a ayudar a adaptarme al hecho de que me has obligado a casarme contigo.

Marco le soltó la cintura y, dando un paso atrás, dijo con voz fría:

—Muy bien. Tengo que hacer unas llamas; después., almorzaremos y a continuación nos pondremos en camino a mi casa.

El almuerzo fue tenso. Amber le dejó elegir el menú y él pidió empanada de pollo, una especialidad de la zona.

—¿Sabe tu familia que voy? —le preguntó ella—. ¿Se lo has dicho? ¿Quién vive en tu hacienda?

Amber se estaba poniendo muy nerviosa, no dejaba de preguntarse qué pensaría la familia de Marco respecto a que él apareciera casado con una desconocida procedente de la otra punta del mundo.

—Mi madre, mi hermana pequeña, Ana María, mi prima Elena, que lleva la rama turística de nuestro negocio y hace de guía turística. Otro primo, Diego,que también trabaja como guía turístico. Diego es zoólogo y su contribución es muy valiosa cuando vienen científicos y ecologistas al hato.

—¿Tu padre...? —preguntó ella con incertidumbre.

—Mi padre murió hace unos años —respondió Marco—. He hablado por teléfono con mi madre esta mañana y ella le va a decir a mi otra hermana que voy a ir con mi esposa. Paloma está casada y tiene dos hijas encantadóras. No me sorprendería que Paloma apareciera en El Paraíso con su marido y sus hijas para conocerte: Vive en Barinhas, la ciudad más cercana a nuestra casa.

Marco hizo una pausa antes de añadir:

—Por favor, no te quejes de tu marido delante de mi familia. Ellos no son responsables de mis acciones.

—¿Crees que voy a decirles que me has obligado a casarme contigo?

—Yo no te he obligado a nada —respondió él con voz queda—. La elección ha sido tuya.

—¡Como si hubiera tenido alternativa! —exclamó Amber,lanzándole una mirada hostil.

Y Marco se echó a reír.

Fueron a Barinhas en avión. Al poco de despegar, tras dejar la ciudad, Amber divisó unas montañas con sus cumbres nevadas y pueblos desperdigados. Una espesa vegetación cubría la parte baja de las montañas y a Amber le sorprendió ver pal-meras entre otros árboles. Marco le señaló diversos sitios de interés según iba cambiando el panorama.

Después de aterrizar, fueron en coche a un extremo del aeropuerto, donde un pequeño avión les esperaba.

Amber vio el logotipo del avión: un jaguar dando un salto, debajo del jaguar estaban escritas las palabras «Hato El Paraíso».

—¿Tienes un avión? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, lo utilizamos para transportar a nuestros clientes. Y

también para cuando nosotros tenemos que ir de un sitio a otro dentro de nuestras tierras. Además tenemos un helicóptero.

Marco pilotó el pequeño avión. Volaron sobre un extenso pastizal, que fue cambiando de azul verdoso a color pajizo, salpicado de árboles; de vez en cuando aparecía a la vista una manada de ganado pastando. Unos fangosos ríos serpenteaban la zona, sus riveras ocupadas por árboles de aspecto selvático y arbustos.

Por fin, el avión sobrevoló lo que parecía una aldea,dominada por un edificio en forma de herradura y tejado de teja, antes de aterrizar a unos cientos de metros de allí.

Mientras Marco la ayudaba a desembarcar, una camioneta salió de una de las construcciones cerca de la hacienda y rodó hacia ellos, deteniéndose a unos metros del avión.

Un hombre de piel morena y rostro arrugado bajo el sombrero saltó de la furgoneta y, después de intercambiar unas palabras con Marco en español, éste le presentó como José.

José la saludó con una inclinación de cabeza y comenzó a trasladar el equipaje del avión a la furgoneta.

Después, los tres se subieron a la cabina de la furgoneta y, en cuestión de minutos, llegaron a la casa. Un impresionante pórtico con columnas daba sombra a la ancha escalinata que conducía a una terraza enlosada y a una enorme puerta de madera tallada en la blanca fachada dé la casa.

De inmediato aparecieron dos mujeres: una de mediana edad, con oscuro cabello canoso recogido en un elegante moño, exquisitamente maquillada, profundos ojos castaños y labios pronunciados; la otra era joven y también iba bien maquillada, su cabello era ondulado y largo, y vestía unos pantalones vaqueros ceñidos y un suéter de punto color rojo.

—Buenas tardes, madre —dijo Marco a la mujer de mediana edad, con la mano en la espalda de su esposa.

—Buenas tardes, señora Salzano —dijo Amber tímidamente.

La sonrisa de la madre de Marco parecía tensa cuando la saludó y le dio un beso en la mejilla.

Ana María la miró fijamente antes de, sonriéndole, darle la mano.

—¿Hablas español? —preguntó Ana María en inglés.

—No mucho, lo siento —confesó Amber—. Pero tendré que ponerme a estudiar.

—Ana María, tú podrías ayudarla con su español y Amber, a cambio, podría ayudarte con el inglés —sugirió Marco.

Cuando entraron en la casa, a Amber le sorprendió lo fresca y oscura que estaba.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio un ancho corredor, su alto techo sujetado por unas oscuras vigas de madera. En él había una consola de patas de madera tallada, encima de la consola había un teléfono y un gran florero de terracota con unas flores.

Tras consultar con la señora Salzano, José empezó a ascender las escaleras con el equipaje y Marco, con su ordenador portátil colgado al hombro y el de Amber en la mano, la instó a acompañarle en pos de José, tras decir a su hermana y a su madre que se reunirían con ellas en unos momentos.

La habitación a la que Marco la llevó era muy espaciosa y tenía una inmensa cama de madera tallada cubierta con una colcha bordada y almohadomes de satén en diversos tonos de rojo y dorado.

El mobiliario era antiguo y en el suelo había una gran alfombra. Dos altas ventanas con persianas dejaban penetrar el aire y la luz, y una suave brisa mecía las cortinas que las adornaban.

Después de que José dejara las maletas y se marchara, Amber se acercó a una de las ventanas que daban a un patio rodeado de tiestos. Más allá del patio había una piscina cuyas aguas azuladas brillaban bajo el sol.

—¿Quieres ir al baño? —preguntó Marco, indicando una puerta en la que ella no se había fijado. Luego.

Marco asintió, sacó una camisa de uno de dos armarios,y entró en el baño. «Las paredes deben tener al menos treinta centímetros de espesor»,pensó Amber notando la profundidad de la puerta y los nichos de las ventanas.

Cuando Marco salió del baño, Amber entró con artículos de tocador y ropa limpia.

Después de ver el aspecto de las dos venezolanas, decidió arreglarse.

Cuando Amber salió del cuarto de baño, Marco lanzó una

mirada de satisfacción a su camisa verde jade, a la falda color bronce y a las sandalias de tacón doradas. También pareció aprobar que se hubiera maquillado y peinado.

Se reunieron con la madre y la hermana de Marco en el cuarto de estar, en el piso de abajo. Allí conoció a una mujer de su edad, Elena, la prima de Marco.

El peinado de Elena, una complicada trenza, era exquisito. Un vivo carmín de labios enfatizaba su bonita boca y su delicada piel. Elena llevaba una blusa blanca y una falda color burdeos sujeta a la cintura por un ancho cinturón de cuero con una hebilla de bronce que resaltaba su extraordinaria figura y su estrecha cintura.

Elena le lanzó una fría sonrisa antes de volverse a Marco y hablarle rápidamente en español.

—Elena, vamos a hablar en inglés —le dijo él—. Amber no habla español.

Elena arqueó sus delicadas cejas.

—¿Qué? ¿Nada de español?

—Unas pocas palabras, pero espero aprender —dijo Amber.

—Yo hablo francés, inglés, alemán y algo de japonés —le informó Elena—. Además de español, naturalmente.

Amber no estaba dispuesta a competir con tanto talento, por lo que se limitó a decir:

—Tu trabajo debe de ser muy importante aquí. Marco me ha dicho que te encargas de la rama turística del negocio.

—Ayudo en lo que puedo —contestó Elena, tomando el halago con cauteloso placer

—.Marco está haciendo un trabajo maravilloso al frente de nuestros intereses económicos, a pesar de que algunos de nuestros viejos tíos no hacen más que ponerle obstáculos.

—¿Y eso? —Amber estaba interesada.

—Están anclados en el pasado y no comprenden que debemos modernizamos si no queremos irnos a pique —Elena lanzó una queda carcajada—. Pero caro, tú no estás al tanto de la economía y la política de nuestro país.

¿Cómo podía Elena estar tan segura de ello? Aunque, por supuesto, Amber era consciente de su falta de conocimiento al respecto.

Marco la condujo a un sofá de cuero, la hizo-sentarse y se sentó

a su lado.

Una joven, Filipa, les llevó una bandeja con café. La señora Salzano les sirvió antes de empezar a preguntarle a Amber sobre su familia en inglés; pero al poco, dirigiéndose a su hijo, volvió a hablar en español.

—¿Te gusta la televisión? —le preguntó Ana María al sorprenderla con los ojos fijos en la pantalla del televisor—. A mí me encantan las telenovelas.

—Me gustan los programas que tratan sobre relaciones —contestó Amber sonriendo a su cuñada.

—Amber trabajaba en televisión —dijo Marco.

Ana María agrandó visiblemente los ojos y, aunque pareció ligeramente desilusionada cuando Amber le explicó que no era actriz, que trabajaba detrás de las cámaras, se puso a hablar animadamente con ella de la televisión, la moda y las estrellas de cine americanas.

Más tarde llegó la otra hermana con su esposo y sus hijos, tal y como había supuesto Marco. Paloma presentaba el mismo aspecto impecable que su madre y su hermana.

Las niñas, de siete y cinco años, corrieron hacia su tío Marco, que levantó a ambas en sus brazos, las besó y las abrazó y bromeó con ellas.

A Amber no le sorprendió. El deseo de tener un hijo era el motivo por el que Marco la había llevado allí. Era capaz de querer a los niños y también era obvio que quería a sus hermanas y a su madre.

Algún día, quizá, la quisiera a ella también.

Capítulo 7

A LAS ocho, Filipa, la empleada, apareció para anunciar que la cena estaba lista y todos se dirigieron al comedor. La cena fue ligera e informal, y conversaron en inglés y en español.

—La comida estaba deliciosa —comentó Amber cuando terminó.

La señora Salzano le sonrió. Nadie parecía tener prisa por abandonar la mesa y Amber trató de disimular un bostezo. Avergonzada, murmuró:

—Disculpad, pero el viaje ha sido largo y cansado.

Marco lanzó una queda carcajada y la ayudó a levantarse.

—Te acompañaré a la habitación —después, habló momento con su madre en español.

Buenas noches —dijo ella.

Marco le puso una mano en la cintura y, mientras subían las escaleras, se encontraron con una corpulenta mujer de cabello cano y vestida de negro que estaba bajando. Marco dio un beso en la mejilla a la mujer y se la presentó:

—Amber, ésta es Concepción. Concepción nos ha cuidado a mis hermanas y a mí desde que éramos pequeños. No podríamos arreglárnoslas sin ella.

Después Marcó habló en español con Concepción y la mujer rió antes de lanzarle una mirada a Amber llena de curiosidad. Tras unos momentos, Concepción asintió y se lanzó a un monólogo en español.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Amber a Marco cuando continuaron su camino a la habitación.

—Muchas cosas, demasiadas —respondió él—. Pero, en resumen, ha dicho que nos desea lo mejor y que espera que me des muchos y sanos hijos.

Marco abrió la puerta del dormitorio y encendió la luz.

—Bueno, te dejo sola para que te acuestes tranquilamente. Volveré dentro de una hora poco más o menos.

¿Esperaba Marco que se mantuviera despierta para consumar su extraño matrimonio?

Ella se quedó indecisa y él le acarició la mejilla con la yema de un dedo.

—Se te ve cansada —dijo Marco—. Tendré cuidado para no despertarte. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Amber contestó que no y él se marchó cerrando la puerta tras de sí.

La cama estaba abierta, su ropa estaba en uno de los armarios y sus artículos de aseo estaban en el cuarto de baño.

Amber tardó diez minutos en acostarse y sus últimos pensamientos antes de dormirse fueron para un decidido y atrevido desconocido que,por increible que pareciera,era su marido.

Amber se despertó con el canto de los pájaros. Una ranura en las cortinas dejaba entrar la luz y, vagamente, oyó el ruido de la ducha.

Al mirar al otro lado de la cama, vio rastros de que Marco había dormido allí, aunque ella no lo había notado.

Se levantó de la cama y descorrió las cortinas. La luz rosada del amanecer inundó la habitación y, junto a la ventana, un diminuto pájaro aleteó con movimientos vertiginosos. Era la primera vez que veía un colibrí y lo observó con fascinación hasta que el pájaro se alejó de la ventana en dirección a un árbol cercano.

En la distancia vio otros pájaros y una bandada de loros cruzó su línea de visión en el momento en que la puerta del baño se abría. Al volverse, vio a Marco con una toalla atada a la cintura y el cabello revuelto y mojado. Se le veía relajado y extraordinariamente atractivo. No pudo evitar apreciar la fuerza y musculatura de su cuerpo.

—Ah, buenos días —dijo él, fijándose en el pijama de ella con humor en los ojos.

Cuando Marco se le acercó, Amber se puso tensa y sintió que no podía hablar.

Marco se detuvo y la miró empequeñeciendo los ojos.

—No me mires así.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me mires como si fuera a lanzarme a ti como una bestia salvaje.

Marco se dio media vuelta, se acercó a un mueble con cajones y, después de dejar caer la toalla. se puso unos calzoncillos antes de ir al armario para ponerse unos vaqueros y una camiseta blanca.

—Tengo que trabajar —dijo él con voz fría al tiempo que agarraba un peine y, sin mirarla, se peinó el cabello—. Le diré a

Filipa que, te traiga el desayuno. ¿A qué hora lo quieres?

—Preferiría desayunar con los demás.

—En ese caso, más tarde. A las ocho. Creía que dormirías más. Ahora tengo que irme con los llaneros, pero intentaré estar de vuelta a la hora del almuerzo. Duérmete otro rato.

—Estoy despierta —dijo ella—. Puede que vaya a dar una vuelta.

—No, no vayas sola —Marco dejó el peine y se volvió hacia ella —. Que te acompañe Ana María. Si no, yo mismo te acompañaré, pero más tarde. Siento tener que marcharme ahora, pero han surgido unos problemas mientras estaba fuera y tengo que solucionarlos.

Un par de horas más tarde, Amber desayunó con la madre de Marco, con la hermana y con la prima. En la mesa había rodajas de piña, huevos revueltos con unos pastelillos de maíz llamados arepas, quesos de diversos tipos, panecillos, mermelada, zumo de frutas y café.

Después del desayuno, Ana María le enseñó la casa, sus espaciosas estancias refrescadas por ventiladores de techo, los alicatados baños con tuberías y griferías modernas.

Una de las alas de la casa estaba reservada a las visitas. Las habitaciones amuebladas con sencillez, pero cómodas, igual que los baños.

—Vienen muchos observadores de pájaros y naturalistas —le dijo Ana María—. Y

gente de todas partes del mundo.

La cocina, presidida por una mujer bajita con una enorme sonrisa, era inmensa. En el centro había una larga mesa de madera; también había un viejo Torno de madera, junto a una cocina eléctrica de acero inoxidable y un horno, además de un inmenso lavavajillas y dos enormes frigoríficos y congeladores.

En los cuartos de estar, los grandes muebles de madera oscura no estaban abigarrados, tampoco había demasiados adornos, lo que confería sensación de espacio. Cuadros y tapices decoraban las blancas paredes.

El despacho de Marco estaba en el piso bajo. Cuando Ana María abrió la puerta, Elena levantó la cabeza del ordenador que se encontraba en uno de los dos grandes escritorios y preguntó con

cierta brusquedad:

—¿Qué quieres, Ana?

—No molestemos a Elena —se apresuró a decir Amber.

—¿Qué más quieres ver? —le preguntó Ana María.

—¿Es peligroso que dé un paseo yo sola? No voy a ir muy lejos —no había olvidado la advertencia de Marco.

Ana María encogió los hombros.

—Los felinos, normalmente, no se acercan a las zonas habitadas. Pero no es muy interesante. Si quieres ver animales y pájaros, yo te los enseñaré.

—No quiero distraerte de tus estudios.

—No te preocupes por eso, puedo estudiar en otro momento. Pero vas a necesitar un sombrero, te prestaré uno mío.

En un usado vehículo de tracción a cuatro ruedas, se alejaron de la hacienda por una polvorienta carretera. Amber divisó una cabeza marrón grande semejante a la de un perro gordo; el animal estaba sentado junto al camino, pero al acercarse, vio que se parecía más a un enorme conejo de indias.

—¿Es una capibara? —preguntó Amber.

—¿Las has visto antes? —Ana María parecía sorprendida.

—Sí, en Internet. Es el mayor roedor del mundo. ¿no?

—Sí —Ana María paró el vehículo para bajarse y que Amber pudiera sacar una foto al animal.

No fue la única capibara que vieron durante el camino mientras atravesaban pastizales por estrechas carreteras construidas por encima del terreno que las rodeaba.

—Es para conservar el agua después de la estación de las lluvias —le explicó Ana María—, para que los pastizales no se sequen del todo.

—¿Haces también de guía turística? —le preguntó Amber.

—A veces, cuando estoy en casa. Estoy estudiando Ciencias Sociales en la universidad —contestó Ana María pero ahora estoy de vacaciones, entre semestres.

Al poco rato, Ana María le comentó: —Marco no nos había hablado de ti, lo había mantenido en secreto. Nos enteramos cuando nos llamó por teléfono y dijo que volvía a casa con su esposa. ;Qué romántico! ¿En serio fue a Nueva Zelanda para pedirte que te casaras con él?

—Algo así —Amber hizo un esfuerzo por sonreir-. ¿Qué es lo que os ha contado?

—Sólo que hace un tiempo conoció a una mujer de Nueva Zelanda y que no había podido olvidarla. Que ella, es decir, tú le escribiste y supongo que él te contestó. O le enviaste un mensaje por correo electrónico.

—¿Cartas de amor? —los ojos de Ana María brillaron

—¿Mi hermano escribiendo cartas de amor?

Al parecer, a Ana María le resultaba difícil imaginarlo.

—No exactamente —murmuró Amber. Por suerte, Ana María no le pidió más explicaciones.

—Y tú tampoco pudiste olvidarle. Amber supuso que debía hacer algún comentario.

—No es fácil olvidar a Marco.

—Dijo que eras guapa e inteligente.

¿Inteligente? ¿Guapa?

—Y que tenía que casarse contigo rápidamente y traerte aquí por si cambiabas de parecer —continuó Ana María—. Pero no lo habrías hecho, ¿verdad?. Estás enamorada de mi hermano, ¿no?

—¿Por qué si no me habría casado con él? —dijo Amber en tono ligero, sin rastros de ironía.

—Naturalmente, a nuestra madre le gustaría que os casarais por la iglesia. Pero Marco ha dicho que es mejor esperar hasta que te adaptes. Mi madre ha insistido, pero Marco, una vez que toma una decisión es inamovible. No cede.

«Dímelo a mí», pensó AMber sonriendo.

Por fin abandonaron la carretera y cruzaron el llano donde rastros de vehículos en el pasto mostraron que habían tomado esa misma ruta que conducía a la rivera de un río en el que las capibaras se mezclaban con ranas y tortugas mientras las mariposas revoloteaban alrededor de los árboles. Pero lo que más llamaba la atención eran los pájaros: loros de todos los colores, aves de agua, gansos, cigüeñas. aves rapaces, y pájaros que Amber no había visto nunca y jamás había imaginado que existieran.

Amber había agotado la capacidad de la tarjeta de memoria de la cámara de vídeo y la cámara de fotos antes de que Ana María dijera que era hora de volver.

Las mujeres se sentaron a almorzar en el comedor a las dos de la

tarde. Filipa les llevó zumos de frutas y un estofado de carne con arroz seguido de un postre de frutas. Marco llegó tarde a comer, y subió a lavarse y a cambiarse antes de reunirse con ellas.

Después del almuerzo, la señora Salzano fue a su dormitorio a descansar. Elena también desapasedó y Ana María, agarrando lo que parecía un libro de texto, se fue a una terraza en la parte posterior de la casa.

Cuando Amber y Marco se quedaron a solas, él le preguntó:

—¿Sabes montar a caballo?

—Sí. Durante un tiempo, mi hermana y yo fuimos a un picadero.

—Te llevaré a dar un paseo a caballo cuando haga más fresco. Ahora deberías descansar. —¿Es eso lo que hacéis a estas horas?

—Yo, normalmente, voy a mi despacho a encargarme de los papeleos. En mi estudio hace fresco.Pero si quieres, podríamos echarnos juntos una siesta —un travieso brillo asomó a los ojos de él.

—No estoy acostumbrada a echarme la siesta —respondió Amber—. Prefiero darme un baño en la piscina, si no hay inconveniente. Estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer.

—Como quieras. Elena me ha dejado correspondencia para que la vea —Marco se volvió hacia su estudio y Amber subió al dormitorio a ponerse el traje de baño y a por una toalla.

La piscina estaba cercada por un muro pintado en blanco con una puerta de madera.

A un extremo del cercado había una construcción abierta con tejado de teja que albergaba una barbacoa, sillas, mesas y hamacas.

El agua estaba limpia y, tras la impresión de frío inicial y de dar unas cuantas brazadas, Amber se quedó inmóvil flotando en el agua.

De repente, oyó la puerta de madera del cercado y, al enderezarse, vio a Marco con un traje de baño color verde que lo único que hacía era ensalzar su virilidad. Al instante, lo vio arrojar una toalla, acercarse al borde de la piscina, tirarse y sacar la cabeza del agua a menos de un metro de donde ella se encontraba.

—Creía que estabas trabajándo —dijo Amber.

—No podía concentrarme. No me parecía bien que mi esposa estuviera aquí sola.

A pesar de que llevaba un más que decente traje de baño, Amber

se sintió desnuda mientras los ojos de Marco se iluminaban con la llama del deseo.

Marco parecía querer devorarla y ella se estremeció momentáneamente.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—No.

La sonrisa de él desapareció.

—No voy a violarte, Amber.

—No necesitas hacerlo, me acostaré contigo cuando quieras porque no vas a dejarme marchar antes de que te dé un hijo —dijo ella con frialdad.

Marco apretó los labios.

—Tú accediste a ello. ¿Estás pensando en echarte atrás?

—No. A menos que quieras hacerlo tú.

—No, de ninguna manera —le advirtió él—. No volvamos a hablar de esto.

Marco se volvió y comenzó a nadar con enérgicas brazadas hasta la zona más profunda de la piscina.

Amber echó a nadar hacia el extremo opuesto. Al alcanzar los escalones, empezó a subirlos cuando, de repente, sintió una mano en un tobillo.

—No te vayas todavía, es muy pronto. Apenas te ha dado tiempo a refrescarte —dijo él.

—Ya me he refrescado lo suficiente.

Consumida por una cólera contenida desde que Marco le propuso que se casara con él, Amber trató de apartarlo con una patada, pero el agua restó energía a su esfuerzo y oyó la ronca risa de Marco cerca de su oído. Y cuando Marco le rodeó la cintura con los brazos, su furia aumentó. Volviéndose, le golpeó el pecho y el rostro con los pu-

ños... hasta que le oyó respirar pesadamente y, con mezcla de triunfo y horror, se dio cuenta de que había conseguido hacerle daño.

Marco le agarró las muñecas y se las echó hacia atrás, pegándole el cuerpo al suyo.

Amber notó que estaba excitado sexualmente, pero en los ojos de Marco había un brillo que la asustó.

Capítulo 8

—NO VUELVAS a golpearme —dijo Marco con voz profunda, queda y gélida—Jamás. No voy a permitirlo. ¿Lo has entendido?

Amber le sostuvo la mirada, decidida a no dejarle ganar, a que no la acobardara.

—¡No soy tu sirvienta! —dijo ella—. Ni soy una niña. No puedes…

—Entonces no te comportes como tal —le interrumpió Marco.

—Pues tú deja de comportarte como un salvaje! ¿Es así como los hombres tratan a las mujeres en Venezuela?

—Yo no te he hecho daño —argumentó él—. Otro hombre podría haberte devuelto los golpes. Yo jamás he pegado ni pegaré a una mujer.

—Me has agarrado por el tobillo para obligarme a hacer lo que tú querías —ella le lanzó una mirada de desafío.

—Sólo quería sugerirte que te quedaras aquí un poco más. De camino a la piscina, me he encontrado con Ana María, que sabía que estabas en la piscina. Habría resultado extraño que te marcharas justo cuando yo venía. Y te he agarrado del pie jugando. Al principio, creía que tú también estabas jugueteando —la seriedad de la expresión de Marco desapareció y sus labios se curvaron en una sonrisa. No sabía que me había casado con una fiera.

—¡No soy una fiera! —Protestó Amber—. Hace años que no me enfadaba así.

Supongo que me he excedido. Siento haberte hecho daño.

—No te preocupes, no ha sido nada. Yo también siento haberte disgustado.

Amber asintió, reconociendo así la disculpa.

—Creo que… debo de tener aquí un moratón —dijo Marco indicándose el labio inferior—. Podrías darme beso para curarlo.

Amber se quedó inmóvil.

—¿No es así como hacéis las paces en Nueva Zelanda? —preguntó él en un susurro

—. ¿Besándoos?

Las palabras de Marco, además de su cuerpo casi desnudo y tan próximo al suyo, crearon una tensión sexual que no pudo… no quiso

resistir.

Ese hombre era su marido. Había prometido entregarle su cuerpo, hacer el amor con él.

—¿Qué me dices? —insistió él.

Y Amber se dio cuenta de que Marco estaba esperando a que ella diera el primer paso, que quería demostrarla que no deseaba coaccionarla.

Tarde o temprano tenía que reconocer que ése era el motivo de que estuviera allí, que tenía que cumplir su parte del trato. Debería agradecer la paciencia de Marco.

Amber alzó la cabeza y, poniéndose de puntillas llevó los labios al lugar que Marco le había indicado. Olió el aroma de su piel y la ligera aspereza de su rostro tras unas horas después del afétado.

Marco cambió de postura y sus bocas se unieron de pleno. Los senos de ella contra el pecho de Marco. Él la abrazó y, abriéndole los labios, la besó con ternura y pasión.

Le acarició la espalda desnuda antes de bajar la manos por sus nalgas; entonces, la agarró y, alzándola, la estrechó contra sí, haciéndola temblar de placer. Ella sintió como si su cuerpo entero se hubiera encendido. Le rodeaba el cuello con los brazos mientras las manos de él se paseaban por sus muslos antes de alzarla aún más.

Instintivamente, ella le puso las piernas alrededor de la cintura y sintió la dureza de Marco en la entrepierna, lo que despertó unas inimaginables sensaciones.

Pero, de repente, Marco la apartó de sí.

—Aquí no —dijo él con voz aspera- La primera vez debería ser... en un sitio más apropiado. Un sitió íntimo donde pueda hacerte el amor como te mereces. Cuando te haga realmente mi esposa será en nuestra noche de luna de miel y será lentamente, un recuerdo memorable, no algo precipitado donde podemos ser sorprendidos en cualquier momento.

Marco, por supuesto, tenía razón.

—Vete antes de que pierda por completo el control —dijo Marco. Entonces se volvió y comenzó apartarse de ella nadando.

A Amber le temblaban las piernas cuando subió las escalerillas. Estaba temblando, pero no de frío. Agarró su toalla y, cerrando los ojos, se quedó inmóvil abrazando la toalla hasta que su cuerpo

recuperó la normalidad.

Cuando abrió los ojos de nuevo, se ató la toalla por encima de los pechos, respiró profundamente y caminó hacia la portezuela del cercado de la piscina.

Necesitaba recuperar la compostura y vestirse antes de volver a encontrarse delante de su marido.

Su marido. Le resultaba extraño, como él.

La noche anterior habían compartido la cama, aunque ella no había sido consciente de la presencia de Marco. Y él no iba a esperar una eternidad para reclamar sus derechos como esposo.

Cuando Amber cruzó el patio, Ana María no levantó los ojos del libro y no se cruzó con nadie más hasta que llegó al dormitorio. Allí, no perdió el tiempo: se secó rápidamente, se puso la ropa interior y un vestido suelto de algodón. Se secó el pelo con el secador que había en él cuarto de baño y se lo recogió con una cinta.

Cuando salió del baño, Marco estaba en el dormitorio; llevaba unos pantalones vaqueros con la cremallera subida pero sin abrochar y se estaba poniendo una camiseta, la toalla mojada estaba en el suelo.

Desviando la mirada de ese magnífico cuerpo de varón, Amber se acercó a su tocador y empezó a toquetear los artículos que había encima. De repente, sin saber por qué, una extraña emoción la sobrecogió y no pudo contener las lágrimas. De inmediato, cerró los ojos como si así pudiera parar su flujo.

Sintió dos manos en sus hombros que la hicieron darse la vuelta.

—No tienes por qué llorar —le dijo Marco.

Amber trató de zafarse de él al tiempo que se pasaba una mano por las mejillas y, con voz estridente, le dijo:

—Me has obligado a casarme contigo sin conocerte, me has arrastrado a un sitio a miles de kilómetros de mi casa, mi familia, mis amigos, mi trabajo, mi país y en el que se habla otro idioma que no entiendo. ¡Y te atreves a decirme que no llore!

Lloraré si quiero y todo lo que me dé la gana.

Amber se secó las lágrimas de los ojos y añadió con irritada pasión:

—¡Y odio llorar! ¡Y no te atrevas a reírte de mí!. La boca de él estaba firmemente cerrada, pero había humor en su mirada.

—Siento que no haya habido más tiempo para conocernos mejor, pero tenía que volver. Es natural que eches de menos tu hogar de vez en cuando. Habla mañana con tus padres.

—¿Es una orden?

—Es una sugerencia. Creí que te gustaría.

—Tienes la costumbre de expresarte como si siempre estuvieras dando órdenes —comentó ella enfadada—. Como cuando me dijiste que no saliera sola por ahí.

—Porque podrías perderte o encontrarte con algún animal peligroso; como una anaconda, un caimán o una serpiente de cascabel.

Amber apenas pudo contener un estremecimiento, una reacción típica de cualquier neozelandés al oír la palabra caimán o cocodrilo. Ana María le había mostrado algunos caimanes pequeños, pero los más grandes le aterraban.

Marco le posó las manos en el rostro y le secó el resto de las lágrimas con los pulgares.

—Dentro de un par de horas te llevaré a ver algunas de esas criaturas peligrosas, pero con precaución para que no te pase nada —entonces, le dio una suave palmada en la cara—. Te veré más tarde.

Cuando la puerta se cerró tras él, Amber se dejó caer en la cama, estaba agotada.

Se quitó las sandalias, se tapó con la colcha y agarró un libro con intención de leer.

Pero apenas había leído unas páginas cuando se quedó profundamente dormida.

Amber se despertó al oír la puerta cerrarse suavemente. Al abrir los ojos, vio a Marco avanzando hacia ella.

Rápidamente, Amber se incorporó hasta sentarse en la cama.

—¿Has dormido? —preguntó él—. ¿Te apetece salir?

Amber bajó los pies de la cama.

—Me vendría bien un poco de aire fresco. Dame unos minutos para cambiarme.

Marco asintió y se acercó a la ventana. En el cuarto de baño, ella se puso crema de protección solar en el rostro y en las manos, y se vistió con unos pantalones de algodón y una camisa. De vuelta en el dormitorio, abrió el armario y contempló sus zapatos, que estaban

abajo del todo, antes de preguntarle a Marco:

—¿Están bien unas zapatillas deportivas? Marco se volvió.

—¿No tienes unas botas?

Las botas de Marco tenían un poco de tacón, lo que le hacía sacarle aún más diferencia en estatura cuando ella se abrochó las zapátillas de deporte.

—Agarra una chaqueta y también tu cámara de vídeo —sugirió él.

Amber agarró la cámara, que había descargado en el ordenador aquella mañana y estaba lista para seguir filmando.

—¿No te importa que lleve la cámara? —preguntó ella.

—La has comprado para usarla, ¿no? —dijo Marco encogiéndose de hombros.

Marco la había visto comprar la cámara en el duty free del aeropuerto, impresionado al ver que Amber parecía saber lo que quería y cómo encontrarlo.

Una vez fuera, se dirigieron a un corral a cierta distancia de la casa en el que había una docena de caballos. Dos de ellos estaban atados a los raíles y ensillados.

—Ésta es Domitila —Marco acarició el cuello de la yegua de color gris, cuerpo musculoso y elegantes patas—. Ven, acércate.

—Es preciosa —dijo Amber acariciándole el hocico.

—Es descendiente directa de los caballos de los conquistadores que se asilvestraron.

Nuestros caballos salvajes son pequeños, fuertes y duros. Los cruces de estos caballos con los europeos produjeron una raza única adaptada a nuestras tierras.

Domitila no tiene vicios, estarás a salvo con ella.

Marco desató las riendas y Amber se montó en la yegua.

Marco se subió con facilidad al otro caballo, un bayo oscuro y, pronto, ambos se pusieron en camino.

—¿Has visto hoy capibaras? —le preguntó Marco cuando se encontraron con una familia de capibarras mientras se acercaban a un lago.

—Sí. Son increíblemente mansas.

—Soy muy perezosas —comentó Marco con sorna. Un biólogo que vino aquí a estudiar su comportamiento dejó su investigación al cabo de unas semanas. El pobre hombre dijo que estaba harto de

esperar a que hicieran otra cosa que no fuera comer, dormir y bañarse en el lago, donde también se aparean; al parecer, hasta veinte o cuarenta veces dependiendo del humor que estén. Amber se echó a reír y él sonrió, lo que le provoco un exquisito placer. Hasta ese momento, no le había visto tan relajado, y notó que la tensión que siempre había entre ambos disminuyó.

—No me extraña que estén siempre cansadas —comentó ella.

Marco se echó a reír.

—Desde luego, trabajar no trabajan.

Continuaron el camino y, a cierta distancia, Amber vio lo que parecían enormes amapolas rojas entre hierbas altas; de repente, una de las supuestas amapolas echó a volar, seguida de docenas de otras tantas.

—Garza roja —explicó Marco.

Un rebaño de ganado, con curvos cuernos de aspecto peligroso, pastaba entre la hierba. A Amber le parecieron demasiado flacos, con huesos prominentes y largas y delgadas patas, muy diferente al ganado que ella estaba acostumbrada a ver.

—Están adaptados a las condiciones de estas tierras —le informó Marco—. Sólo tenemos dos estaciones: la seca y la estación de las lluvias. Antes de que lleguen las lluvias, estas bestias se venden o se trasladan a pastos mejores para engordar.

Al cabo de un rato llegaron a un bosque, que fue espesándose a medida que se aproximaban al río que lo alimentaba. Altas palmeras sobresalían entre otros árboles, y algo que se movió con rapidez entre las ramas asustó a Amber.

La plácida yegua de ella, sin inmutarse, ignoró al rojizo simio que ahora, agarrándose con una mano. colgaba de una rama y la miró con una expresión interrogante que la hizo echarse a reír.

El mono dejó de sentir curiosidad por ellos y desapareció entre los árboles, y ella y Marco continuaron hasta llegar a la laguna.

Una bandada de cigüeñas echó a volar y, a orillas del agua, dos caimanes tomaban el sol con sus mandíbulas abiertas mostrando hileras de puntiagudos dientes. Cuando Amber tiró de las riendas de la yegua, los dos caimanes se volvieron y, con sorprendente rapidez, se echaron al agua.

Marco detuvo a su caballo, desmontó y se acercó a ella para ayudarla a bajar.

Entonces, le puso una mano en la cintura y, al oído, le susurró:

—Sssss.

En silencio, le señaló una enorme roca a orillas de la laguna. A la sombra de la roca había algo parecido a una piedra enlodada.

Amber contuvo la respiración al darse cuenta de que se trataba de una enorme serpiente enroscada e, involuntariamente, dio un paso atrás, pegándose al cuerpo de Marco.

—Las anacondas no son venenosas, pero pueden morder. ¿Quieres filmarla?

—No está moviéndose —observó Amber—. Así casi no se vería lo que es.

Marco se separó de ella y caminó sigilosamente bacia el animal. Cuando Amber vio a la serpiente empezar a desenroscarse, lanzó un grito. Entonces, Marco se abalanzó sobre el animal y, al enderezarse, tenía la cabeza de la serpiente en una mano mientras el resto del cuerpo del reptil se retorcía. A Amber le temblaban las manos mientras filmaba. ¿No era peligroso lo que Marco estaba haciendo? El cuerpo de la serpiente era tan grueso como los muslos de Marco y debía de tener unos seis metros de longitud.

—Ya es suficiente —le dijo ella con voz ahogada.

—¿Quieres tocarla? —le preguntó Marco.

¿Tocarla? El orgullo fue lo que la impulsó y, tras acercarse, Amber puso una mano en el cuerpo de la serpiente. Le sorprendieron el calor y la sequedad de la piel del animal y también la belleza de su color.

Por fin, Amber dio un paso atrás y dijo:

—Suéltala.

Cuando Marco soltó el reptil, ella alzó la cámara y filmó a la anaconda deslizándose con sorprendente velocidad hacia el agua.

—¿Qué tal te ha salido la filmación? —le pregunté Marco.

—Bien. Pero no era necesario que hicieras una demostración de machismo delante de mí —respondió Amber con voz tensa—. No habría sabido qué hacer si ese animal te hubiera atacado.

Marco se echó a reír.

—Llevo haciendo esto para los turistas desde niño —Marco se la quedó mirando fijamente—. Esa serpiente era demasiado pequeña para hacerme daño. Las hembras llegan a ser tres veces más grandes. Y además, no estoy indefenso.

Marco señaló el cuchillo que llevaba sujeto al cinturón y añadió:

—Pero me enternece que te preocupes por mí.

La voz de Marco traicionó sus palabras y Amber se dio media vuelta para clavar los ojos en la superficie del agua. El sol estaba bajando y pudo ver varios pares de puntos brillantes en la superficie: los ojos de los caimanes.

—Ésta es la hora en la que los animales vienen a beber —dijo Marco—. Si esperamos, veremos algunos. Pero necesitarás esto…

Marco sacó de su bolsillo un repelente para insectos y, después de echarse unas gotas en la palma de la mano, se las frotó y se las pasó a ella por los brazos; luego, repitió la operación en el rostro y en el cuello de ella antes de echarse repelente a sí mismo.

Se sentaron en una roca y vieron montones de diferentes especies de pájaros que, precavidamente, fueron acercándose a beber.

Marco conocía todos sus nombres, tanto en inglés como en español: papamoscas, chachalacas, alcaraván… y docenas más. Algunos eran preciosos, otros extraños, muchos de ellos de deslumbrantes colores rojo, verde, azul, amarillo y de todo tipo de tonalidades.

Los flamencos rosas formaban una masa al otro extremo de la laguna. Un zorro y un oso hormiguero saciaron su sed. Una familia de ciervos de cola blanca se aproximó y bebieron con cautela, apartándose de los caimanes y sus puntiagudos dientes.

Era de noche cuando Amber y Marco llegaron a la hacienda bajo una bóveda celeste de blanca luna y millones de estrellas.

Cuando José se llevó los caballos, Amber se volvió hacia Marco.

—Gracias, ha sido maravilloso.

En la penumbra, no pudo verle la expresión cuando respondió:

—Ya me lo agradecerás más tarde, después de duchamos y de cenar. Debes de tener hambre.

—Sí, mucha —admitió ella.

Marco le puso un brazo sobre el hombro y así caminaron juntos hasta la casa.

Después de ducharse, Amber se puso una llamativa falda y una blusa de seda sin mangas adornadas con pliegues y un fino encaje; después, se recogió el cabello en un moño y se maquilló, consciente del aspecto inmaculado del resto de las mujeres de la casa.

Capítulo 9

LAS COMIDAS en la hacienda eran prolongadas, una oportunidad para hablar con el resto de los miembros de la familia y, por las noches, intercambiar los acontecimientos del día. Era tarde para lo que ella estaba acostumbrada cuando Marco la condujo a la habitación; esta vez, dio las buenas noches a los demás y, después de entrar en el dormitorio con ella, cerró la puerta.

—¿Te has recuperado ya del desfase horario? —le preguntó Marco con voz neutral.

Podía contestar que no o que estaba cansada, pero así sólo lograría retrasar lo inevitable.

—Sí —respondió Amber, disgustada consigo misma por no poder evitar el intenso rubor que asomó a sus mejillas ni la ronquedad de su voz—, eso creo. Marco asintió y se la quedó mirando.

—Estás muy guapa esta noche. Me gusta esto —Marco tocó los botones perlados de la blusa—. Es una blusa muy bonita.

—Es fresca —dijo Amber.

—Fresca y bonita —los ojos de Marco estaban llenos de humor. Alzó la mano, le cubrió la mejilla con ella y, con el pulgar, le acarició los labios—. ¿Lo has pasado bien esta tarde?

Amber tragó saliva.

—Sabes que sí. Los turistas que vienen aquí deben quedar encantados. Igual que yo.

—En ese caso, quizá pudieras agradecérmelo.. más cálidamente —Marco le puso la otra mano en el rostro.

Resistente a darle con facilidad, lo que Marco parecía estar exigiéndole, Amber vaciló. De repente una idea acudió a su mente: ¿cuántas de las jóvenes que hacían una visita turística al hato recibían la misma invitación por parte del atractivo anfitrión: Marco debía de estar muy mal acostumbrado.

—¿Es así como esperas que tus visitantes expresen su agradecimiento? —preguntó ella.

—No, sólo mi esposa —respondió Marco fríamente.

Entonces, Marco bajó su morena cabeza y su boca ejerció un dulce y sutil castigo, tomando lo que quería sin importarle que ella se estuviera negando a devolverle el beso.

Cuando Marco alzó el rostro, ella le lanzó una mirada desafiante mientras él bajaba las manos y se las colocaba sobre los hombros.

—No te excedas poniendo a prueba mi paciencia —le advirtió él.

—¿Me estás amenazando?

Marco apartó las manos de ella.

—Estoy intentando ponértelo fácil. En la piscina no parecías tan reacia. ¿A qué vienen estos ataques contra mí?

—Quizá forme parte de mi personalidad —le espetó ella—. La verdad es que tú no me conoces en absoluto, igual que yo no te conozco a ti. Dime, con cuántas mujeres has estado?

—Eso no es asunto tuyo —respondió él con arrogancia—. Le fui fiel a mi esposa y ahora te seré fiel ti.

Por supuesto que no era asunto suyo. Amber no sabía por qué lo había preguntado...

excepto que la idea de poder ser una entre muchas para él la irritaba.

Por otro lado, el hecho de que Marco le hubiera recordado que había estado casado con una mujer a la que, supuestamente, había amado, no mejoró su humor.

—Gracias —dijo Amber.

Aunque no podría hacer gran cosa si él le era infiel. Estaba atrapada en ese matrimonio, había accedido a cumplir un trato y no tenía la costumbre de romper sus promesas.

Marco no pareció conforme. Su expresión se tornó más austera cuando dijo:

—Ya veo que no estás de humor para consumar nuestra unión esta noche. Dormiré en otra parte.

Arrepentida de haber puesto punto final al compañerismo surgido aquella tarde y, simultáneamente, sintiendo una gran satisfacción castigándole, Amber le vio abrir la puerta y cerrarla tras sí.

La satisfacción se desvaneció rápidamente. Había sido una miserable victoria para ella y sospechaba que Marco había ganado la medalla al honor en aquella batalla.

Eso sin tener en cuenta que la victoria final sería para Marco, a pesar de los desesperados intentos de ella por conservar su orgullo y cierto grade de autonomía.

Por mucho que atacara a Marco y por mucho que odiara la

instintiva respuesta de su propio cuerpo al varonil carisma de él, al final no tendría más remedio que rendirse.

Capítulo 10

MARCO se había marchado cuando Amber bajó a desayunar. Si había vuelto al dormitorio por la mañana para ponerse otra ropa, no le había oído.

La señora Salzano le dio los buenos días con una controlada sonrisa y un elegante movimiento de cabeza. Elena también la saludó, pero sin entusiasmo. Y Ana María se puso en pie rápidamente, la acompañó a la mesa y la instó a que se sirviera.

Después de sentarse, Ana María dijo:

—Tienes aspecto de cansada Amber-luego, la miró con un brillo travieso en los ojos

—. ¿Es la virilidad de mi hermano excesiva para su esposa?

Amber se ruborizó, pero las palabras de censura de la señora Salzano a su hija, en español, le evitaron contestar. Era evidente que esa mujer entendía el inglés mejor de lo que lo hablaba.

Ana María, con arrepentimiento, le dijo:

—Disculpa si te he hecho sentir incómoda.

Haciendo un esfuerzo por sonreír, Amber sacudió la cabeza.

—Estoy acostumbrada a las bromas de mi hermana.

Ana María también sonrió.

—Ahora tú y yo somos hermanas... ya que estás casada con mi hermano.

Amber pasó la mañana con la hermana de Marco en el patio. Mientras Ana María estudiaba acompañada de sus libros y su ordenador portátil, Amber leía un libro que se había comprado en uno de los aeropuertos durante el viaje. Había llamado a sus padres para decirles que se encontraba bien y les habló de los animales que había visto con auténtico entusiasmo.

Poco antes de la hora del almuerzo, oyó el motor de un coche acercándose a la entrada de la casa. Después, un joven apareció en el patio.

Ana María dio un salto y, riendo, corrió hacia él.

Con una amplia sonrisa en el rostro, el joven abrió los brazos para recibir en ellos a Ana María.

—¡Diego! -gritó la joven abrazándole y hablándole en español.

Amber, sin saber qué hacer, se puso en pie también. Ana María

agarró la mano del joven y tiró de él hasta donde estaba Amber.

—Diego había ido a visitar a su familia y ha vuelto antes de lo previsto -explicó Ana María a Amber antes de volverse al joven-. Creíamos que ibas a venir mañana, cuando llegan los próximos turistas.

—Estaba deseando conocer a la mujer de Marco -contestó Diego-. Elena me ha dado la noticia.

Diego besó la mano de Amber y añadió:

—Ya veo que Marco ha sabido elegir. Es una belleza. Le felicito -entonces, Diego le soltó la mano.

Diego debía de tener veintitantos años y, físicamente, no desmerecía del resto de los miembros de la familia. Tenía un espeso cabello oscuro, ojos castaños y una sonrisa extraordinaria.

—Bueno, ¿qué te parece nuestra pequeña hacienda? -le preguntó a Amber.

Amber se echó a reír. ¿Pequeña?

—Es impresionante Y la fauna es increíble. Diego se quedó unos minutos charlando con ellas,luego fue a saludar a su tía.

Marco estuvo ausente durante el almuerzo. Nadie hizo ningún comentario al respecto, pero Amber no quiso admitir que no sabía dónde estaba su marido. Supuso que era normal que los llaneros empezaran a trabajar al amanecer para evitar las horas de máximo calor. Y si trabajaban lejos de casa debía de ser normal que se llevaran comida. Diego coqueteó descaradamente con ella entre carcajadas de Ana María. Su tía le reprobó en varias ocasiones, pero el exagerado arrepentimiento de él la hizo sonreír y mejoró el humor de Amber.

Marco llegó tarde a cenar. Se detuvo momentáneamente en el cuarto de estar para pedirle disculpas a su madre y para saludar a Diego y, sin casi mirar a Amber, fue a darse una ducha y a cambiarse de ropa. Cuando bajó, recién afeitado y con el pelo mojado peinado hacia atrás, besó a Amber en la mejilla antes de sentarse a la mesa.

Aceptó las felicitaciones de Diego en relación a su matrimonio y, tras una rápida mirada a Amber, interrumpió los halagos de su primo por su elección.

—No pongas en vergüenza a mi esposa, Diego —dijo Marco, seguido de unas palabras en español antes de ponerse a comer.

—Por favor, perdóname, Amber —murmuró Diego. El brillo de sus ojos traicionando sus palabras. Y ella sonrió.

Amber se retiró a su habitación temprano; pero después de ponerse un camisón verde con bragas haciendo juego y de abrir la cama, se sentó en ella y se puso a ojear unas revistas de modas que Ana María le había prestado, algunas de ellas en inglés.

Oyó las voces de unos llaneros fuera, charlaban y reían; después, los acordes de una guitarra entonaron una canción de romántica melodía. Bastante tiempo después de que la música cesara y de oír a la señora Salzano y a Ana María entrar en sus habitaciones, Marco seguía sin aparecer. Se preguntó si estaría charlando con su primo o si habría vuelto al sitio donde había dormido la noche anterior.

Por fin, apagó la lámpara de la mesilla de noche y trató de dormirse. La fría luz de la luna iluminaba la habitación y, después de un rato, abrió los ojos y se quedó mirando las vigas del techo. Una oleada de nostalgia la invadió.

Volviéndose de costado, se puso en posición fetal y lloró. Entonces, oyó el pomo de la puerta y contuvo la respiración mientras Marco entraba y cerraba tras de sí.

Amber cerró los ojos. Había estado dispuesta a hablar con él, a llegar a un entendimiento, y se sentía irracionalmente agraviada por la tardanza de él en llegar; como si lo hubiera hecho a propósito consciente de que ella le había estado esperando.

Marco se movió sigilosamente, pero ella se puso tensa cuando él se acercó. Después de unos minutos, Amber se arriesgó a abrir los ojos y le vio delante de la ventana.

Como si hubiera sentido su mirada, Marco se volvió hacia la cama.

Rápidamente, Amber volvió a cerrar los ojos e hizo un esfuerzo por calmar el ritmo de su respiración

Al cabo de unos segundos, Marco debía de estar tan cerca que ella pudo oler el aroma de su jabón y de la loción para después del afeitado... y le oyó respirar. Se puso tensa al instante. Entonces, sintió algo cálido en la mejilla empañada en lágrimas, los labios de Marco, y le oyó tomar aire y exclamar algo en un susurro antes de notar que él había encendido la lámpara de la mesilla de noche.

Amber no tuvo más remedio que abrir los ojos y se dio media vuelta, dándole la espalda cuando Marco se le acercó.

—¿Tanto te asusto que te acuestas llorando? —le preguntó Marco con voz tensa.

—¡No te tengo miedo! —exclamó Amber al tiempo que se sentaba en la cama.

Malo era que la hubiera sorprendido llorando como una niña dos veces, pero peor aún era que pensara que podía intimidarle.

—No sabes qué peso me quitas de encima —respondió él con voz grave—. Entonces,

¿por qué lloras? ¿Echabas de menos mi presencia en la cama?

Marco se sentó en el borde de la cama, de cara a ella, con una mano encima de sus piernas.

Amber le lanzó una furibunda mirada. Marco se había aproximado mucho a la verdad.

—Echo de menos a mi familia.

—Ah —Marco pareció simpatizar con ella—. Es comprensible. ¿Has hablado con ellos?

—Sí.

—Bien. Si quieres, puedes hacerlo todos los días y pasar tanto tiempo como quieras al teléfono.

Tras unos momentos, Amber dijo:

—Siento haber sido tan brusca contigo anoche. Lo que pasa es que me sentí forzada a besarte.

Marco se la quedó mirando durante un momento antes de decir:

—En ese caso, lo siento, Amber —Marco le agarró una mano, se la llevó a los labios y la besó. Después de bajarla, continuó sujetándola—. Habría respetado tus deseos si hubieras dicho que no. Tengo muchas ganas de hacer el amor contigo, pero cuando estés dispuesta a ello. ¿No te he dicho ya que no soy una fiera y que no te poseería a la fuerza?

Amber respiró profundamente y dijo:

—Está bien. Entonces, esta misma noche. Ahora mismo.

Marco había estado contemplando la mano que aún sujetaba y que acariciaba con el pulgar. Levantó el rostro y ella se enfrentó a su mirada con una expresión que esperaba le demostrara que no le tenía miedo, ignorando el hormigueo de su vientre.

—¿Por qué ahora? —preguntó Marco empequeñeciendo los ojos.

Amber se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Cuanto antes empecemos... antes me quedaré

embarazada y tú tendrás lo que quieres. Y luego... dijiste que me dejarías marchar.

Sintió una profunda angustia al pensar en marcharse después de tener un hijo, pero ya se enfrentaría a eso en su momento. Ahora, lo único que quería era acabar con el asunto pendiente. Ni siquiera tenía que disfrutar.

—¿Y bien? —preguntó Amber en tono beligerante.

—Si eso es lo que quieres... —dijo Marco tras una pausa.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —contestó Amber con voz estridente, tratando de ignorar el nerviosismo que sentía—. A menos, por supuesto, que estés demasiado cansado de ir por ahí corriendo detrás de las vacas o lo que sea que has hecho hoy.

Un brillo apareció en los ojos de él.

—No estoy tan cansado.

Bruscamente, Marco se puso en pie y comenzó a desabrocharse la camisa, mirándola mientras lo hacía.

Cuando él dejó caer al suelo la camisa, a Amber le dio un vuelco el estómago. Quería pedirle que apagara la luz, pero no quería que se diera cuenta de que le había dado un ataque de timidez. Y en el momento en que él se llevó las manos al cinturón, la mirada de ella le siguió involuntariamente. Marco tiró de la hebilla para sacarse el cinturón y éste cayó junto a la camisa. Los bronceados pies de él estaban desnudos.

Marco se desabrochó los pantalones, pero no bajó la cremallera y, acercándose a la cama, dijo:

—Hazme sitio, querida.

Temblando de nervios, Amber le obedeció.

Sentándose en la cama y apoyándose en un codo, Marco se inclinó sobre ella y aspiró el aroma de su cabello antes de darle un beso en la cabeza y otro en la frente. Le cerró los ojos a besos. Le paseó la boca por la mejilla y el oído...

Amber se quedó completamente inmóvil, luchando por controlar la sensación de que se estaba derritiendo por dentro.

La mano de Marco le acarició la garganta; después, se deslizó por debajo del camisón, cubriéndole el hombro mientras su boca seguía el rastro que había dejado su mano.

Amber se obligó a abrir los ojos con el fin de disipar las sensaciones que él estaba provocando, decidida a no entregarse al

placer; era una cuestión de respeto a sí misma controlar su cuerpo a pesar de permitirle a Marco hacer con él lo que quisiera.

Marco se había salido con la suya respecto a todo lo demás. lo único que podía negarle era una participación activa.

Marco levantó la cabeza y se quedó contemplando el rostro enrojecido de ella, su boca obstinadamente cerrada, su mirada desafiante.

—Ya veo, quieres hacer de esto una lucha de poder, esposa mía.

«Esposa mía», se lo estaba recordando. Amber apretó los puños, los brazos rígidos a ambos lados de su cuerpo.

—Yo no estoy luchando.

Una sonrisa llena de arrogancia e ironía asomó a la boca de él.

—Vamos a ver cuánto dura tu resistencia pasiva...

Marco comenzó a desabrocharle el camisón con agonizante lentitud. Por fin, se lo abrió, descubriendo sus pechos, que reaccionaron visiblemente. Más abajo, las minúsculas bragas no tapaban mucho.

Después de volver la cabeza hacia un lado, oyó a Marco respirar profundamente.

—Exquisita -dijo él-. Eres más hermosa de lo que creía.

Marco empezó a acariciarle las aureolas con movimientos circulares mientras se iba acercando a los pezones, que anhelaban su boca.

Cuando ocurrió, Amber hundió los dientes en su labio inferior y agarró la sábana con fuerza mientras él la atormentaba. Entonces, el cabello de él le acarició la piel y sintió su boca y su lengua acariciándola, probándola... Involuntariamente, cerró los ojos y se obligó a mantenerse quieta hasta que, al no poder soportarlo más, gritó:

—¡Para!

Marco se detuvo y, tomándole la barbilla con mano, la miró a los ojos.

Amber se dio cuenta de que él había visto el rubor de su rostro, la fiebre de sus ojos...

Se debatió entre la vergüenza y un creciente deseo de devolverle sus caricias.

Marco le besó la garganta, los hombros, los brazos, las muñecas... Le besó todos y cada uno los dedos antes de meterse uno

en la boca y chupárselo mientras acariciaba sus pechos.

Amber oyó el ritmo de su propia respiración acelerándose y no pudo hacer nada por ahogar los profundos latidos de su corazón cuando… hasta que ya no pudo más y lanzó un quedo e involuntario gemido de placer y comenzó a agitarse en la cama.

Marco lanzó una breve y suave carcajada y bajó la boca por el cuerpo de ella. Amber no sabía que el ombligo fuera una zona erógena; aunque, en realidad, todo su cuerpo parecía serlo. Donde fuera que Marco la tocara despertaba el deseo en ella. Y cuando le cubrió la entrepierna con una mano por encima de la braga, ella supo que Marco se había dado cuenta de que estaba lista para recibirle. Pero Marco no la despojó de la última prenda, sino que, después de quitarse los pantalones, deslizó un dedo por debajo de las bragas y comenzó a acariciarla.

—No… —gimió ella, a pesar del placer que Marco le estaba dando—. ¡Por favor!

Él se detuvo de inmediato. Subió la mano a los pechos de Amber y se los acarició, lo que fue aún peor. Ella tenía el cuerpo encendido, fuera de control… Marco le besó la boca apasionadamente, haciéndola enloquecer al colocar su miembro en la entrepierna de ella, exigiendo entrada.

Cuando la boca de Marco la dejó, Amber se sintió mareada, flotando en un mar de deseo y placer. Casi no se dio cuenta cuando Marco le bajó las bragas y se colocó encima de ella con ojos oscuros y profundos, con el afrodisíaco aroma de su cuerpo…

Y ella le miró con fiero y silencioso deseo.

Marco la penetró lentamente, como si tuviera miedo de hacerle daño Y Amber no pudo evitar alzar las caderas hacia él, instándole a que se hundiera profundamente en ella, deseando que la llenara… deseándole a él.

Amber sintió en la mejilla el ronco suspiro de satisfacción de Marco; entonces, él se hundió en ella profundamente mientras alzaba el rostro para ver su reacción. Y

Amber cerró los ojos cuando su cuerpo entero se convulsionó, sumiéndose en un increíble placer… Y se oyó a sí misma gritar al tiempo que, por fin, levantó los brazos y le estrechó contra sí.

Capítulo 11

VAGAMENTE, se dio cuenta de que Marco le estaba hablando en español con voz sensual y baja. Le oyó pronunciar su nombre y luego «querida», «bella», «muy buena»... y otras palabras que no reconoció.

Después, él lanzó un prolongado y gutural gemido y sintió la súbita tensión de sus músculos y el temblor de su cuerpo, como si le hubiera sobrecogido el mismo incontrolable placer que a ella. Se aferró a Marco, hundiendo los dedos en la carne de él,su própio placer incrementado al saber que Marco lo compartía, que él estaba dentro de ella con las extremidades entrelazadas y sus cuerpos unidos.

Amber aún sentía pequeñas oleadas de placer cuando Marco, por fin, se desvaneció encima de ella antes de echarse de costado abrazándola, estrechándola contra él. El movimiento intensificó la sensación de placer, lo que la hizo exclamar:

—¡Oh!

Marco debió de sentir los rítmicos espasmos que ella no pudo controlar y, acariciándole los muslos al tiempo que la acunaba, Amber le sintió endurecer dentro de su cuerpo otra vez. Casi horrorizada y, simultáneamente, siguiendo un instinto primilivo, Amber se movió contra él en dirección a un obtivo que sabía a su alcance.

Le sintió moverse, siguiéndole el ritmo, hasta que ambos volvieron a alcanzar la cumbre del placer entre gemidos y gritos.

Agotada, Amber dejó caer la cabeza en el hombro de Marco.

Marco le acarició el revuelto cabello mientras murmuraba:

—Maravillosa.

Marco le besó la mejilla y le dio un beso en la boca antes de separarse de ella.

Marco, con suma ternura, le colocó las bragas y el camisón que le había quitado para explorar su cuerpo desnudo.

—Duérmete —le susurró él, besándole los párpados hasta cerrárselos.

Después, volvió a besarla en la boca tiernamente. Al cabo de un momento, la rodeó con sus brazos y la calentó con su cuerpo.

Amber dio un largo suspiro y se durmió.

La luz del sol y el canto de los pájaros la despertaron. Pronto se dio cuenta de que no había oído a Marco marcharse y también de que se le había pasado la hora del desayuno. Rápidamente, fue a darse una ducha y a vestirse.

Abajo, le pidió disculpas a la señora Salzano, quien insistió en que Filipa le llevara una

bandeja

con

algo

para

desayunar,

diciendo:

—Debes comer para darle a Marco un niño fuerte y sano.

—No estoy embarazada, señora.

—¿Quién sabe? Un bebé no se hace notar inmediatamente.

Amber se dio cuenta de que la señora podía tener razón. La idea le causó unos sentimientos peculiares que no quiso analizar.

Ana María, al parecer, estaba estudiando, y no vio ni a Diego ni a Elena. Después del tardío desayuno, llevó la bandeja a la cocina y fue a su habitación a volcar las fotos de la cámara al ordenador y pasó la mañana editando lo que había grabado el día anterior. El programa para editar era nuevo por lo que aún estaba trabajando cuando Marco llegó para almorzar.

Después de entrar en la habitación, Marco se acercó a ella inmediatamente y, tras ponerle las manos en los hombros, se agachó para darle un beso en la mejilla. Olía a cuero, polvo y calor.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él.

Ella se lo dijo y él contestó:

—¿Es para enviárselo a tu familia?

—No sólo a mi familia. He pensado que, mientras estoy aquí, voy a aprovechar para hacer un documental para televisión. Si es lo suficientemente bueno, puede que lo venda a alguna cadena de televisión de allí.

Marco bajó las manos.

—La comida está en la mesa —dijo él, y fue al cuarto de baño.

Diego había pasado la mañana con Marco examinando el campamento donde iba a alojarse un grupo de turistas durante dos

noches.

Hablaron de ello en la mesa.

—¿Duermen en tiendas de campaña? —preguntó Amber.

Diego le dedicó una de sus espectaculares sonrisas.

—Hay una cabaña para evitar los percances. No es bueno para el negocio que a los turistas se los coman los animales salvajes —Diego imitó a un animal salvaje lanzándose hacia una presa y Amber y Ana María se echaron a reír.

Amber sorprendió a Marco observándola, muy serio, con una extraña expresión en los ojos.

—Llevamos escopetas por si acaso; pero si los turistas hacen lo que se les dice, no hay problemas —explicó Diego—. Personalmente, prefiero disparar a un turista antes que a un puma si interfiere con los animales.

—Desgraciadamente disparar a los turistas tampoco es bueno para el negocio, Diego

—dijo Marco en tono burlón.

Diego se encogió de hombros.

—Sobran hombres estúpidos en el mundo, pero no quedan muchos pumas; por eso, si tengo que elegir, elijo a los pumas —observó Diego medio en serio medio en broma.

—Estoy segura de que los clientes acaban adorándote, Diego —dijo Amber, consciente de que Diego debía de tener un gran éxito con las mujeres.

—En cualquier momento que quieras te llevaré de visita turística —le dijo Diego.

—Me encantaría filmar un puma o un jaguar... ¿Sería posible que me uniera al grupo mañana? —preguntó Amber impulsivamente.

—¡Sí! —los ojos de Diego se iluminaron.

Pero Marco le interrumpió con un rotundo:

—¡No!

Desilusionada, Amber preguntó:

—¿Por qué no?

—Ten paciencia, querida —respondió Marco con calma—. Yo mismo te llevaré al campamento, pero cuando no haya extraños, así podremos estar solos.

Marco le sonrió, pero su mirada adquirió un brillo desafiante, y

fue como si se encontraran los dos solos en aquella estancia. A Amber le recorrió una extraña sensación por la espalda y se quedó sin habla.

Entonces, Ana María dijo:

—No habéis tenido una luna de miel, ¿verdad. Amber? Aunque el campamento no es muy... lujoso.

¿Una luna de miel? Amber miró a su marido y éste, arqueando las cejas, dijo:

—Ya hablaremos de eso luego.

Entonces, Marco se volvió a Elena y empezaron a hablar de los preparativos para la llegada de los turistas.

Después de que Filipa retirara los platos de la mesa, Marco fue el primero en levantarse. Se dirigió directamente a Amber y, agarrándola de la mano, la ayudó a levantarse; ella, por su parte, no tuvo más remedio que acompañarle al piso de arriba.

Cuando Marco cerró la puerta de su habitación, Amber soltó su mano de la de él y se acercó a la ventana. Desde allí contempló el azul verdoso de pastos.

—Ven, tienes que descansar —le dijo Marco.

—No estoy cansada —respondió ella en tono seco, sin volverse.

—¿No? —Marco se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros—. Bien, yo tampoco tengo ganas de dormir.

Le sintió apartarle el pelo hacia un lado antes empezar a depositar numerosos y diminutos besos en su cuello. Después, Marco le besó el hombro mientras le deslizaba una mano por debajo de la camiseta con escote desbocado.

Amber cerró los ojos. Marco ya estaba excitado le gustase o no, ella también.

Imágenes de la noche anterior acudieron a su mente y su cuerpo ignoró sus esfuerzos conscientes por mantener el control.

Marco sabía echar abajo sus pocas defensas, humillarla hasta la obediencia y... mucho más. Las armas de conquista de Marco eran sus manos, su boca, su cuerpo desnudo y su pleno conocimiento de la anatomía femenina; en resumen, sabía cómo dar placer a una mujer.

Y entonces, cuando Marco la hizo darse la vuelta dentro del círculo de sus brazos y ella abrió sus ojos, vio su propio deseo reflejado en la viril belleza de él y en la pasión de su mirada.

Marco la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama y la tumbó en ella.

Con amarga resignación y dándose cuenta de que ni su amor propio podían hacerla resistir, decidió entregarse al momento y disfrutarlo.

Marco empezó a desnudarla y ella le desabrochó los botones de la camisa, el cinturón y le bajó la cremallera... Le deseaba, quería que la abrazara, que la besara, que la acariciara... quería acariciarle a él con manos y boca. Quería asirse en los abismos de la pasión donde sólo existía el placer.

Cuando llegó el momento álgido, Amber se convulsionó y gritó su deleite. Sintió la respuesta de él dentro de su cuerpo y pensó que iba a morir de placer.

Cuando volvió a la realidad, Marco se inclinó sobre ella. Se le veía satisfecho, triunfal. Sonriéndole, la besó suave y eróticamente. Después, la hizo apoyar la cabeza en su hombro y Amber se quedó dormida.

Amber se despertó al cabo de un rato, cuando Marco se separó de ella y se levantó.

Acto seguido. él se puso los pantalones de espaldas a ella.

Y fue entonces cuando, horrorizada, Amber vio unas marcas rojas en los hombros de Marco. Inmediatamente, se sentó en la cama y se cubrió los pechos con la sábana.

Él se volvió entonces.

—Siento haberte despertado. Tengo que ir a trabajar —Marco hizo una pausa al notar la expresión de ella—. ¿Qué te pasa?

—Yo... tus hombros —respondió Amber—. ¿Te he hecho yo...? —Amber se miró las uñas, que se correspondían con las marcas rojas en la piel de él.

Avergonzada, Amber se tapó la boca con las manos; después, rápidamente, las bajó para volverse a cubrir los pechos con la sábana.

Marco se echó a reír.

—Sí, me has marcado, mi pequeña tigresa —Marco agarró la camisa y se la puso—Pero no te preocupes, no es nada.

Lo de «pequeña tigresa» le ganó una mirada astil, que no hizo mella en él. Marco se echó a reír de nuevo y luego, agachándose, le dio un beso la cabeza.

—Tú también tienes alguna que otra marca de amor —le informó Marco después de apartarse de ella.

Amber siguió la mirada de él y vio dos marcas rojizas en sus pechos.

Marco apoyó una rodilla en la cama y, agachándose, le dio un beso en una marca y otro beso en la otra.

—Qué piel más delicada —murmuró Marco—. Intentaré tener más cuidado la próxima vez.

Entonces, se incorporó bruscamente y añadió:

—Me tientas hasta el punto de hacerme olvidar mis obligaciones. Sin embargo y por desgracia, ahora tengo que marcharme.

Amber no podía fingir ser indiferente a la pasión de Marco, aunque trataba de convencerse a sí misma de que lo único que estaba haciendo era cumplir con su parte del trato.

Llamaba a sus padres todas las semanas, limitándose a hablarles de la vida en el hato y de lo bien que lo estaba pasando filmando animales salvajes. También hablaba con su hermana, aunque ambas evitaban mencionar la razón por la que ella estaba fuera de casa.

Un día, Azure puso a Benny al teléfono, y Amber se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos a su sobrino. Mientras escuchaba aténtamente el balbuceo del pequeño, se preguntó cómo podría abandonar a su propio hijo si tanto quería a su sobrino.

¿La echaría Marco de la hacienda cuando ella le diera el hijo que le había prometido?

Marco le había dicho que podría marcharse, pero también le había dicho que, para él, el matrimonio era para siempre; y, aunque sólo fuera eso, las necesidades sexuales de Marco estaban satisfechas. Sin embargo, si tenían un hijo, debían establecer un vínculo más profundo para seguir juntos.

Pasaron por allí muchos grupos de turistas; a veces, a intervalos de unos días.

Amber se dio cuenta de que la señora Salzano llevaba las riendas de la casa, asegurándose de que estuviera limpia y bien conservada a pesar de su antigüedad; los aposentos de los clientes los atendían unas mujeres que vivían en casas de fachadas rosas en las proximidades. La señora Salzano se encargaba de la intendencia y las comidas; y, junto a Elena, se aseguraba de que a los huéspedes

no les faltara de nada. Además, con un grupo de esposas de algunos llaneros, producían un queso blanco que vendían.

Todos y cada uno de los miembros de la familia tenían responsabilidades. Ella, por su parte, se sentía algo inútil, pero ofrecía ayuda cuando se necesitaba.

Marco se mostraba invariablemente solícito y considerado, aunque algo reservado.

En ocasiones, Amber le sorprendió mirándola con expresión sombría, aunque quizá fuera impaciencia por que ella se quedara embarazada. En cuanto a ella, le costaba perdonarle por la forma como la había manipulado.

Un domingo, la familia entera, dividida en dos coches, fue a la iglesia de adobe pintada de blanco en la que un sacerdote iba una vez al mes a celebrar misa para los rancheros de la zona.

Antes de la misa, Marco le presentó al sacerdote. Después, alrededor de una docena de hombres se acercaron a Marco para conocer a su esposa. Las mujeres se quedaron atrás, los niños agarrados a sus faldas.

El sacerdote llevó a Marco a parte y, tras lo que le dijo Marco, el sacerdote frunció el ceño, sacudió la cabeza y miró de soslayo a Amber, que estaba esperando al lado de la señora Salzano. Entonces, aparentemente con desgana, el sacerdote asintió y alzó la mano para bendecir a Marco antes de que éste se reuniera con su familia.

Amber esperó a quedarse a solas con él para preguntarle:

—¿No le gusto al sacerdote?

—No, no es eso. El padre está disgustado conmigo por que no nos hayamos casado por la iglesia todavía.

—¿Casarnos por la iglesia?

—Aquí, en Venezuela, es costumbre casarse por la iglesia después del matrimonio civil. El matrimonio por la iglesia es lo que se considera un matrimonio de verdad.

—Entonces... ¿para él és como si no estuviésemos casados? —Amber sé quedó pensativa unos momentos—. ¿Y qué es lo que piensa tu madre?

—Mi madre es una mujer religiosa.Para ella es importante.

Quizá ése fuera el motivo por el que la señora Salzano mantenía las distancias con ella, aunque educadamente. Y debía de ser por

eso también por lo que Concepción, aunque siempre respetuosa, frecuentemente la miraba con cierto desdén y a Marco con disgusto.

¿Consideraba Marco verdadero su matrimonio?. se preguntó Amber.

Comenzó a acostumbrarse a la vida en el hato y se llevaba muy bien con Ana María y con Diego, que le daban clases de español todas las tardes. Poco a poco, la señora Salzano empezó a mostrarse más cariñosa, y le agradaban los esfuerzos de Amber por hablar en español. Incluso Elena aceptó su presencia en una excursión de un día con un grupo de turistas e incluso le señaló animales interesantes para filmar.

Amber no tuvo más remedio que decirle a Marco que aún no se había quedado embarazada, y él le respondió que no se preocupara, que tenían mucho tiempo.

Amber empezó a filmar el día a día en el rancho. Los morenos llaneros en sus cabalgaduras, las cabezas cubiertas por sombreros, saliendo para llevar el ganado a otros pastizales o para acercarlos a los cientos de metros de la hacienda con el fin de marcar a los becerros o para llevarlos a vender.

Un día, Amber los filmó cuando llevaban hacia la salida una manada de caballos silvestres para amaestrar. Allí, los llaneros hablaron y comentaron sobre sus esfuerzos entre carcajadas.

Ana María la llevó a verlo, diciéndole:

—Antiguamente, utilizaban látigos y las espuelas para amaestrar a los caballos, pero Marco lo ha prohibido. Algunos de los viejos llaneros se rieron de él y le dijeron que ningún caballo se iba a dejar domar sin una mano firme. Pero Marco les demostró que estaban equivocados.

Unos días más tarde, Ana María se acercó a Amber y le pidió que les enseñara a todos la filmación que había hecho de la familia.

Sentados delante del televisor en el cuarto de estar, Diego y Ana María no dejaron de alabarla, y Marco y su madre parecieron impresionados.

Por fin, Elena dijo:

—Es un trabajo… muy profesional.

Amber le disculpó la sorpresa que mostraba, contenta del respecto profesional que Elena le acaba de mostrar.

—Es una cámara de vídeo muy buena —dijo Amber—. Además,

he aprendido bastante sobre filmación en el sitio donde trabajaba.

—Podríamos utilizar algunas cosas de tu filmación para nuestra página web... Es decir, si no te importa, Amber —dijo Diego.

—No, claro que no me importa —respondió Amber—. Lo único que tenéis que hacer es decirme qué partes queréis.

Al cabo de unos días, después de darse un baño en la piscina en compañía de Ana María, Elena Diego, iban de camino a la casa, Diego y ella por delante y Ana María y Elena algo rezagadas charlando de moda.

Amber le dijo a Diego:

—Creo que Elena se está acostumbrando a que yo esté aquí. Al principio, parecía algo... tímida.

—¿Tímida? —Diego se echó a reír y luego bajó la voz—. Creo que mi pobre prima esperaba que Marco la eligiese a ella.

—¿Que la eligiese? —Amber le miró con expresión interrogante.

—Que se casara con ella.

—¡Pero si son primos! —Amber se detuvo bruscamente, se tropezó y se dio contra él.

Diego la sujetó para que no perdiera el equilibrio.

—Elena era prima de la esposa de Marco... me refiero a la primera esposa. Sabías que había estado casado antes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sabía.

Las otras dos les alcanzaron y Ana preguntó:

—¿Te pasa algo, Amber?

—No, nada —Amber, intencionadamente, no miró a Elena.Diego la soltó—. Me he tropezado,

eso

es

todo.

Los cuatro entraron juntos en la casa y se separaron para vestirse. Cuando Amber llegó al dormitorio, Marco estaba de pie junto a la ventana, ya duchado y vestido con una camisa blanca y unos pan-talones oscuros.

Marco se dio la vuelta.

—¿De qué estabais hablando Diego y tú? —le preguntó mientras ella se acercaba al armario—¿Secretos entre los dos?

—¡No! De nada en particular —decirle lo que le había contado Diego sería injusto con Elena.

—No tomes los halagos de mi primo demasiado en serio —dijo Marco—. Le gusta coquetear con las mujeres.

—Ya lo sé —contestó Amber sacando una falda y una blusa del armario—. Me ha dicho que Elena era prima de tu primera mujer.

—Sí. Eso la hace un miembro de la familia. Su padre murió cuando ella tenía diecisiete años, y su madre y ella no tenían mucho dinero. Elena estudió ciencias de la Administración y su contribución al negocio familiar es importante.

Era evidente que Marco le había ofrecido a Elena un hogar y un trabajo, y lo más posible era que hubiera pagado sus estudios también.

—¿Y su madre? —preguntó Amber—. ¿No podía hacer nada útil aquí?

Con cierta frialdad, Marco respondió:

—No quería dejar la casa en la que llevaba viviendo desde que se casó. Prefiere vivir con sus recuerdos.

Debía de haber sido un matrimonio feliz. Amber se preguntó si los padres de Marco también habían sido felices. En el cuarto de estar había una foto enmarcada del día de su boda.

De repente, una pregunta, acudió a su mente:

—¿Dónde están las fotos de, u boda y las fotos de tu hijo? No he visto ninguna.

—Están guardadas. Antes de traerte aquí, le pedí a mi madre que las retirara y las guardase. Me pareció una cuestión de tacto.

—Ah -Marco había pensado en su bienestar-. Pero debes de echar de menos... las fotografías. Por mí no te importe, puedes sacarlas y ponerlas donde estaban.

Marco le lanzó una penetrante mirada.

—No tiene importancia. Esas imágenes las llevo en el corazón.

Amber no supo qué más decir y se sintió avergonzada por la punzada de envidia que sintió.

Amber se dio la vuelta y se acercó a su ordenador. Presionó una tecla y la pantalla cobró vida mostrando su último trabajo de edición del vídeo.

Marco se le acercó.

—Se te da muy bien esto.

—Gracias -Amber vaciló unos instantes-. Tenía la impresión de que no te hacía gracia que hiciera un documental con la idea de

enviarlo a Nueva Zelanda para ver si me lo compra alguien.

—¿Enviarlo? Yo creía que pensabas... -Marco se interrumpió y luego lanzó una queda carcajada-.

—Creo que te había malinterpretado. Filma todo lo que quieras.

¿Malinterpretado? De repente, lo comprendió: Marco había pensado que ella se había referido a cuando volviera a Nueva Zelanda una vez cumplida su misión.

Aquella noche, mientras yacía con la cabeza apoyada en el pecho de Marco después de hacer el amor, él dijo:

—Esta semana no tenemos clientes. Tal y como te dije te llevaré al campamento.

Capítulo 12

EL CAMPAMENTO era una construcción de dos pisos de altura con una amplia terraza que lo recorría a lo largo y con vistas a un ago. Había dos habitaciones grandes con literas, pero a la que Marco la llevó era más pequeña con dos camas de matrimonio cubiertas con mosquiteras y un baño privado.

Al atardecer, se sentaron en la terraza con una copa de vino y observaron a los flamencos a la orilla del lago hasta que algo les asustó y echaron a volar formando una nube de color rosa.

Marco le dio los binoculares y ella vio al caimán, frustrado de no haber conseguido una presa, su cuerpo apenas visible en la superficie del agua iperturbable, una tortuga estaba aposentada en un tronco caído cerca del agua y loros multicolores ocupaban un árbol cercano.

Ibis de sorprendentes colores escarlata, negro y verde sobrevolaron el lago para sumergir sus largos picos; un grupo de monos se acercó, dispersándose precipitadamente cuando un caimán de tres metros e largo se abalanzó hacia ellos y casi

atrapó

a

uno.

Al día siguiente, Marco, con utensilios de pesca, la llevó a dar un paseó por el río en un batel que se deslizó suavemente por mantos de Jacinto de agua mientras martines pescadores se sumergían en busca de comida y delfines de agua dulce saltaban por encima del agua.

A la sombra de unos árboles que flanqueaban el río mariposas amarillas igualaban en número a sus hojas. Marco se detuvo allí y se pusieron a pescar desde el batel.

Amber pescó un pez medio plateado del tamaño de un plato con una boca enorme y dientes aterradores. Orgullosa de su hazaña a la vez que triste por el pez, vio cómo Marco, eficientemente, golpeaba la cabeza del pez contra el lateral de la barca hasta matarlo para luego echarlo dentro de un cubo.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Una piraña —respondió Marco.

Amber se estremeció.

—Son comestibles, bastante buenas —dijo Marco—, aunque tienen muchas espinas.

Necesitamos más para preparar una buena comida.

De vuelta en el campamento, en vez de comer dentro de la casa, Marco hizo una hoguera en la arena cerca del lago e hicieron a la brasa los pescados que habían atrapado, además de unas tortas de maíz y banana.

Después, en el dormitorio, hicieron el amor lánguida y perezosamente, apartados del resto del mundo y acompañados por el cántico de los pájaros nocturnos.

Mientras yacía con la cabeza en el pecho de él, Amber oyó un profundo rugido y, al levantar la cabeza, oyó otro.

—Jaguares —dijo Marco acariciándole la cadera—. La hembra está llamando a un macho para aparearse.

—¿Es la época de apareamiento?

Marco lanzó una ronca carcajada.

—Los jaguares, igual que nosotros, no tienen una época fija. Pero el macho tiene,que esperar a que la hembra le indique que está lista. Son criaturas solitarias que sólo se juntan para aparearse por un breve espacio de tiempo.

Y que permanecían juntas el tiempo necesario para tener descendencia, pensó Amber.

Al día siguiente, mientras paseaban por la orilla del lago, Marco le indicó las huellas de un jaguar entre huellas de otros animales.

Todos los días descubría algo nuevo, tanto del entorno como de su marido. Marco sabía moverse en absoluto silencio por los pastizales y podía divisar a una iguana escondida entre las ramas de los árboles a quince metros de distancia.

Aunque Marco siempre llevaba una pistola y un cuchillo en las excursiones, era un apasionado de la protección del medio ambiente y de los animales, al igual que de las tradiciones de su tierra.

Amber aprendió mucho sobre la vida política en Sudamérica. Y también sobre su marido, sobre su infancia en los llanos, sobre los intereses económicos de la familia.

Una noche, tumbada junto a él y con la cabeza apoyada en su pecho, Amber se atrevió a decirle:

—Marco, háblame de tu esposa.

—Tú eres mi esposa, Amber.

—Sabes a lo que me refiero. Ni siquiera sé cómo llamaba.

Marco guardó silencio durante tanto tiempo que ella pensó que se iba a negar a hablar. Sin embargo dijo él por fin:

—Se llamaba Emilia. Era muy joven cuando nos casamos apenas había cumplido los diecinueve años. Yo también era muy joven. Era muy bonita dulce y una buena madre. Nos conocíamos desde pequeños. Creo que nuestras familias esperaban que nos casáramos algún día, aunque nadie dijo nada.

—¿La querías? —Amber no imaginaba a nadie obligando a Marco a casárse.

—Todo el mundo quería a Emilia. Y ella me dio Aurelio, nuestro hijo, lo más precioso del mundo para los dos.

—Aurelio, es un bonito nombre. ¿Qué les pasó?

—Un accidente —la voz de él se espesó—. Estábamos en Barinhas. Yo tenía una reunión con unos políticos terratenientes de allí, y Emilia quería ir comprarle ropa a Aurelio. El niño estaba creciendo rápidamente tanto la ropa como los zapatos se le quedaban pequeños enseguida.

Marco había hablado con una nota de orgullo en la voz. Hizo una paisa antes de continuar —Habíamos quedado para almorzar, después de le acabara la reunión. Yo salí del edificio en el que nos habíamos reunido y los vi justo en la acera de enfrente.

Levanté la mano y agité el brazo para saludarles...! Estúpido de mí !Aurelio era un niño sensato, pero no estaba acostumbrado a la ciudad. Todavía recuerdo perfectamente cómo se le iluminaron los ojos y cómo sonrió al verme... tenía una sonrisa preciosa. Emilia tenía los brazos llenos de bolsas y paquetes, y el niño pensó que era demasiado mayor para ir agarrado de la mano de su madre. Le vi bajar el bordillo de la acerca sin mirar y, antes de que me diera tiempo a gritarle, un camión dobló la esquina y...

Amber contuvo la respiración y deseó no haber iniciado la conversación.

—Yo estaba demasiado lejos para hacer nada —dijo Marco con una nota de desesperación en la voz— pero me di cuenta de lo que iba a pasar. Emilia, la pobre y valiente Emilia, también lo vio. Ella tiró los paquetes y las bolsas, y echó a correr para agarrar a Aurelio y apartarlo del peligro. Debió de darse cuenta de que iba a morir

también. Los dos murieron al instante y yo no pude hacer nada para impedirlo.

—¡Oh, Marco! —Amber le rodeó con los brazos incapaz de imaginar lo que habría sentido al presenciar la muerte de su mujer y de su hijo—. No fue culpa tuya.

—Eso me dijeron todos, pero da exactamente igual —contestó Marco.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas y le mojó la mejilla a Marco.

—Amber... ¿estás llorando por mí?

—Por los tres —respondió ella tratando de secarse las lágrimas —. Por ti, por Aurelio y por Emilia.

Y quizá también estuviera llorando por sí misma porque, en algún momento del tortuoso camino de su poco convencional relación, se había enamorado de ese hombre que no la amaba y que, con toda seguridad, jamás la amaría. Ella podía entregarle su

corazón, su vida; pero el corazón de Marco yacía en a fría tumba donde descansaban su adorado hijo y la valiente y generosa mujer a la que él todavía pertenecía, su verdadera esposa.

—No llores —dijo Marco pasándole los dedos por las empañadas mejillas—. Para ellos ya ha acabado el sufrimiento y yo estoy acostumbrado al mío. Esas cosas nunca se olvidan, pero el dolor se amortigua con el tiempo.

Entonces, Marco la besó antes de añadir:

—Tú, Amber, tienes el poder de volver a darme felicidad. Y quiero que también seas feliz tú —volvió a besarla—. Haré lo posible por hacerte feliz.

El último día de su estancia allí, divisaron un jaguar, pero el animal se alejó entre la espesura de los árboles antes de que Amber tuviera tiempo de filmarlo.

Justo antes de la caída del sol, los jaguares empezaron a rugir otra vez y Marco la condujo hacia la orilla del río. Allí, escondidos, vieron un magnífico ejemplar a unos veinte metros de donde se encontraban.

Mientras Amber posicionaba la cámara, oyeron otro rugido no lejos de allí.

—La hembra está esperando al macho —le susurró Marco—. El macho está cerca.

En cuestión de minutos, un macho oscuro, rugiendo, apareció.

Inmediatamente, la hembra dio un salto y se enfrentó al macho. Ambos animales comenzaron a mostrar sus dientes y a moverse en círculos, a echarse las zarpas…

Marco le murmuró:

—La hembra está viendo si el macho es apto para aparearse con ella. Pero el macho es fuerte y viril y ella acabará sometiéndose a él.

Por fin, el macho se colocó encima de la hembra, gruñendo, y la hembra se quedó muy quieta tumbada medio de costado.-

El macho lamió el cuello de la hembra y ésta volvió la cabeza emitiendo un suave gruñido. Entonces el macho, ajustando su posición, empezó a moverse rítmicamente.

A través del objetivo de la cámara, Amber vio los ojos de la hembra casi cerrarse. Los movimientos del macho cesaron antes de darle a la hembra un amoroso mordisco; después, se apartó de ella y se alejó, desapareciendo en la espesura.

—Vamos —le dijo Marco levantándose sigilosamente.

Aquella noche, Marco la hizo tumbarse boca abajo y ella sintió su fuerte cuerpo cubriéndola y sus dientes mordisqueándole los hombros… Y la sació entre gritos de éxtasis ahogados por la almohada.

Capítulo 13

AL DÍA siguiente de su regreso a la hacienda, Marco le dijo:

—La semana que viene tengo que ir a Barinhas por cuestión de negocios. Llevaremos a mi madre y a Ana María para que te acompañen a comprar un vestido de novia.

Ana María conoce las mejores tiendas.

—¿Un vestido de novia?

—Como me dijo el sacerdote, te he privado de una boda de verdad —comentó él con ironía—. Mi madre también quiere que nos casemos por la iglesia. ¿Quieres que venga tu familia?

—No sé si pueden permitirse...

—Yo les pagaré el viaje y, por supuesto, se quedarán aquí en la casa como invitados.

El vestido era fabuloso. Engañosamente sencillo, de satén y delicado encaje.

Amber, al principio, se había opuesto a utilizar la tarjeta de crédito de Marco, pero se había rendido cuando él le dijo:

—Es parte de nuestro acuerdo. No hay necesidad de que gastes tu dinero.

Que Marco mencionara su acuerdo la dejó helada. A veces, casi llegaba a olvidar que su matrimonio no era un matrimonio convencional, que el amor no había formado párte de su génesis.

Tres semanas más tarde, Amber se encontraba delante del espejo en el dormitorio de la señora Salzano rodeada de ésta, Ana María, su madre y su hermana.

Ana María se había encargado del maquillaje y del peinado, y le había adornado el cabello con una diadema de flores.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, Amber? —le preguntó Azure después de que las otras se marcharan para terminarse de arreglar—. ¿Estás realmente enamorada de él?

—Sí —respondió Amber—. Marco no debería haber hecho lo que hizo, pero creo que no llegamos a comprender lo difícil que ha sido para él renunciar completamente a Benny.

La iglesia estaba completamente llena. A la ceremonia había ido toda la familia de Marco, sus llaneros y las familias de los granjeros de la zona.

Tras la ceremonia, en los escalones de la iglesia, la madre de Marco se le acercó y, después de darle un cálido abrazo, le dijo:

—Ahora estás casada de verdad con mi hijo, debes llamarme mamá Salzano.

La señora Salzano había organizado un enorme banquete en la hacienda. Además de la comida, hubo música y baile.

Cuando, por fin, Amber y Marco se retiraron a su habitación al amanecer, Marco le hizo el amor con suma ternura, como si realmente sintiera el voto que había hecho de amarla y cuidarla hasta la muerte.

Las celebraciones continuaron tres días más, hasta que los huéspedes comenzaron a marcharse.

Tras despedirse de su familia al final de su estancia de una semana, Amber sintió un gran alivio de que no hubieran podido comunicarse bien con la señora Salzano y así evitar una conversación en profundidad sobre el modo como Marco y ella se habían conocido.

Una vez que el hato volvió a la normalidad, Amber se dio cuenta de que entre los preparativos le la boda, la ceremonia y la ilusión de ver otra vez a su familia, había perdido cuenta de su ciclo menstrual, que nunca había sido regular.

Quizá se debiera al estrés no haber tenido la menstruación.

Esperó otra semana.

Era domingo por la mañana cuando se hizo la prueba del embarazo en el cuarto de baño y le salió positiva.

Marco aún estaba en la cama con los brazos bajo la cabeza y mirada enigmática cuando ella volvió a la habitación y le dijo:

—Me parece que me he quedado embarazada.

—Iremos al médico inmediatamente para ver si todo está bien —dijo él en tono neutral antes de apartar la ropa de la cama, ponerse en pie y acercarse a ella—. ¿Te encuentras bien?

Amber quería que la estrechara en sus brazos, que la apretara contra su cuerpo. Sin embargo, él le puso las manos sobre los hombros y se los acarició suavemente.

—Estoy bien —respondió ella.

Físicamente, Amber no notaba ningún cambio.

—Me aseguraré de que estés lo mejor posible. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te haga algo? Amber se encogió de hombros y

respondió:

—Ahora, lo único que necesito es darme una ducha.

El especialista al que fueron, a insistencia de Marco, dijo tras la consulta que Amber necesitaba una dieta buena y equilibrada y ejercicio moderado con el fin de preparar el cuerpo para el parto.

Marco le prohibió montar a caballo, con lo que el ejercicio de Amber se limitó a caminar, nadar y utilizar el gimnasio de la casa en el que Ana María se ejercitaba con religiosa asiduidad cuando estaba en casa. Pero ahora que Ana María se había marchado a la universidad, sentía su ausencia.

Mamá Salzano estaba contenta y, junto con su hijo, cuidaban de ella para asegurarse de que el niño naciera bien.

Amber
comenzó
a
sentirse
como
una
prisionera.

De vez en cuando, conseguía convencer a Marco, Diego e incluso a Elena para que la llevaran en uno de los todoterrenos a filmar con su cámara. Entre Diego y ella habían mejorado y actualizaban la página web. Además, estaba editando un documental para venderlo a televisión.

Pero sólo le había dado tiempo a explorar una pequeña parte de la propiedad, por lo que había visto relativamente pocos animales salvajes. Llegaron las lluvias…

incesantes.

Marco la llevaba al médico a Barinhas con regularidad, pero después de dos ultrasonidos, dada la posición del feto en el útero, les resultó imposible determinar su sexo.

Amber estaba sola en el patio arreglando las macetas de flores el primer día que sintió al bebé moverse.

Dejó caer al suelo las tijeras de poder y, cuando se colocó la mano en el vientre, volvió a sentir el movimiento.

Pensando que Marco estaría en su despacho con Elena, se dirigió hacia allí inmediatamente con la ilusión de compartir ese precioso momento con él. Al abrir la puerta sin llamar, encontró a Elena de

pie junto al archivador mirando una fotografía enmarcada que tenía en la mano.

Al verla, Elena se volvió rápidamente y, sin querer, golpeó la foto con el borde del cajón abierto del archivador, el cristal se rompió y la foto cayó al suelo.

Elena, horrorizada, se quedó inmóvil. Rápidamente, Amber se acercó y recogió la foto del suelo.

—Lo siento, Elena —dijo Amber—. No era mi intención asustarte.

Amber dio la vuelta al marco, que estaba roto en una esquina, lo examinó, le quitó el resto del cristal roto que le quedaba y fue entonces cuando se fijó en la sonriente mujer y en el niño de la foto.

Elena le quitó la fotografía bruscamente y se la pegó al pecho. Tenía los ojos muy abiertos y los labios le temblaban.

—Lo siento —repitió Amber—. La foto no está rota. Podemos ponerle otro marco. Es Emilia, ¿verdad? Son la esposa y el hijo de Marco.

Elena asintió.

—Debería haber estado encima del mueble para que él pudiera verla desde su despacho. La encontré al fondo del cajón del archivador —la expresión de Elena mostraba amargura—. Han desaparecido todas las fotos de Emilia, excepto la que yo tengo en mi habitación. Marco quiere olvidarla porque está loco por ti.

«¡Ojalá fuera verdad!», pensó Amber.

—No la olvidará, Elena —dijo Amber con voz ronca por el esfuerzo—. Sé que la quería mucho. Marco ha guardado las fotografías para no herir mis sentimientos.

Supongo que no se dio cuenta del daño que eso podía hacerte a ti.

Molesta por la mirada hostil de Elena, Amber se puso a recoger el cristal del suelo.

—¡Amber! —la voz de Marco la hizo sobresaltarse y, accidentalmente, se le clavó un cristal en la palma de la mano—. ¿Qué estás haciendo?

Rápidamente, Amber se incorporó y, entonces, Elena le enseñó la foto.

Marco frunció el ceño.

—¿Se te ha caído? —le preguntó Marco a Elena.

—Elena no ha tenido la culpa —se apresuró Amber a decir—. Yo he venido después de que ella encontrara la foto y yo...

Marco, sin hacerle caso, se acercó a ella, le agarró la muñeca y vio la sangre de su mano

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¿Qué te has hecho?

—No es nada. Estaba recogiendo el cristal.

Marco, explosivamente, dijo algo en español antes de decir en inglés:

—¡Tenemos sirvientes para hacer eso! Elena, llama a Filipa y dile que traiga el botiquín —después, agarrando la papelera, se dirigió a Amber—. Deja ese cristal ahí.

Amber le obedeció. La sangre fluía de su mano con sorprendente rapidez antes de que Marco se sacara un pañuelo del bolsillo y le cubriera la mano con él.

Cuando la empleada llegó con el botiquín, Marco le vendó la mano; después, le dijo a Filipa que barriera los cristales y ésta salió de allí inmediatamente.

Elena, que se había quedado quieta y silenciosa y todavía con la fotografía pegada al pecho, se lanzó a una diatriba en español que Amber no entendió. Por fin, Marco la interrumpió seca y duramente y Elena salió de allí corriendo con la foto.

—Se ha disgustado —dijo Amber—. Siento mucho que se haya roto el marco de la foto.

Marco la miró fijamente.

—¿Por qué lo has hecho?

Amber se lo quedó mirando boquiabierta unos momentos.

—¡Ha sido un accidente!

¿Qué le había dicho Elena a Marco?

En ese momento, Filipá llegó con una escoba y un recogedor y comenzó a bárrer el suelo. Amber guardó silencio, no quería discutir delante de la empleada, a pesar de que la mujer no entendía ni una palabra de inglés.

—Tú misma has dicho que ha sido culpa tuya —dijo Marco.

Amber sacudió la cabeza.

—Prefiero no discutir aquí y ahora —y pensó que tampoco era el momento para decirle que había sentido al bebé moviéndose—. Tengo cosas que hacer.

Tras esas palabras, Amber salió del despacho de Marco y volvió

al patio.

Durante la cena, Elena evitó su mirada y se retiró temprano a su habitación. Al rato, cuando Amber y Marco se quedaron solos, antes de irse a la cama, ella le preguntó:

—¿Qué te dijo Elena esta tarde antes de salir corriendo de tu despacho?

—Muchas cosas —respondió él—. Pero no te preocupes por eso.

—Ninguna de las dos quería estropear la foto —y, brevemente, Amber le contó lo ocurrido.

Marco se limitó a asentir.

—Creo que Elena estaba disgustada porque tú habías guardado la foto —dijo Amber

—. ¿Te molestaría ponerle otro marco y colocar la foto donde estaba antes?

Marco lanzó una breve y áspera carcajada.

—¿Es eso lo que quieres que haga?

—Sí, por Elena. Te agradezco que trataras de evitar herir mis sentimientos, pero no puedo ignorar ni olvidar que estuviste casado con otra mujer y que tuviste un hijo con ella.

Con una extraña expresión de resignación, Marco contestó:

—Muy bien. Le diré a Elena que la lleve a enmarcar y que vuelva a colocar la foto donde había estado siempre.

Al cabo de unos días, la foto reapareció encima del mueble archivador con un marco nuevo. A partir de entonces, el comportamiento de Elena con Amber se suavizó y un día, cuando estaban a solas, le dijo bruscamente:

—Perdona por lo que le dije a Marco sobre ti. No eres lo que yo creía. Marco me dijo que fuiste tú quien le pidió que volviera a poner la foto de Emilia donde había estado.

—No sé lo que creías ni lo que le dijiste a Marco.

Elena se ruborizó.

—Que sólo te interesaba su dinero. Que le habías hipnotizado con el sexo y que le habías hecho olvidar a la esposa más bonita y más dulce del mundo, una esposa que le adoraba.

—Marco no olvidará nunca a tu prima —respondió Amber, pensando lo equivocada que estaba Elena—. Ni, por supuesto, a Aurelio. No puede olvidarlos y yo no quiero que lo haga. Lo único que quiero es... que sea feliz.

Elena le lanzó una extraña mirada.

—También a mí me gustaría que lo fuera —dijo Elena—. ¿Y tú, Amber, eres feliz?

—Claro.

Pero... ¿lo era? Desde luego, más de lo que había esperado serlo. Últimamente, Marco y ella hacían el amor con menos frecuencia, pero Marco se mostraba muy solícito con-ella cuando tenía náuseas o estaba cansada. Cuando hacían el amor, él se mostraba muy cuidadoso, como si tuviera miedo de dañar al feto, a pesar de que el médico les había asegurado que todo iba bien. Dormía a su lado todas las noches y, con el transcurso de los meses, pasaba más tiempo en la hacienda. Sin embargo, en cierto modo, parecía más distante emocionalmente.

Por fin llegó el momento del parto y Amber ingresó en el hospital. Marco la tenía agarrada de la mano en el quirófano y no dejaba de pasarle un paño húmedo por la frente mientras le susurraba palabras de ánimo tanto en español como en inglés.

Cuando el bebé nació, Amber sintió un alivio y una euforia indescriptibles. Le colocaron al bebé en el pecho y apenas oyó las palabras del equipo médico al decirle:

—Felicidades, señora. Ha tenido usted una niña

Debía de haber dormido horas y horas. Cuando se despertó, una enfermera estaba sacando a la recién nacida de una pequeña cuna de mimbre y, en el momento en que ella logró incorporarse en la cama hasta sentarse, se la dio. Entonces, la enfermera la ayudó a descubrirse los hinchados senos y sonrió cuando la niña logró el objetivo y empezó a chupar el pezón.

Amber jamás olvidaría ese momento de absoluto amor hacia su hija.

Marco entró después de que la enfermera saliera de la habitación. Llevaba un ramo de flores en las manos y a Amber el corazón pareció querer salírsele del pecho al verle.

Le dio las gracias por las flores y Marco, tras dejarlas encima de la mesilla de noche, se sentó en una silla al lado de la cama.

—¿Cómo te encuentras?

—Maravillosamente bien.

—Tus padres están de camino —le dijo Marco, sorprendiéndola —. Me pareció que querrías tenerlos a tu lado en estos momentos.

—Gracias, Marco. Estarán encantados con su nueva nieta —Amber supuso que Marco les había pagado el viaje—. Eres muy generoso y te lo agradezco.

Pero Marco parecía incómodo y unas ojeras ensombrecían sus ojos.

—No tienes nada que agradecerme, Amber —dijo él—. Siento mucho todo lo que te he hecho pasar.

El sentimiento de culpa de un hombre después de ver el parto de su mujer. Algunas mujeres también maldecían a sus maridos por haberlas dejado embarazadas. Ella, por el contrario, le agradecía su sereno apoyo.

Pero una pequeña sombra se cernía sobre ella. Incapaz de imaginar que Marco no compartiera sus sentimientos por aquel diminuto ser humano que ambos habían traído al mugido, dijo:

—Sé que querías un niño Quizá la próxima vez...

—¿La próxima vez? —Marcó se puso en pie súbitamente—. ¿Cómo puedes decir eso?

Un repentino frío la hizo estremecer.

—Soy fuerte y estoy sana. No hay razón para que no pueda tener otro hijo.

—Espero que así sea, pero no conmigo —respondió Marco con voz ahogada.

—¿Qué quieres decir?

Marco bajó la mirada y se metió las manos en los bolsillos.

—He reservado una plaza para ti y para tu bebé en un avión para que vuelvas a Nueva Zelanda con tus padres dentro de diez días. Es un billete sólo de ida.

La impresión la dejó mareada y sin habla. Amber se volvió y dejó a la niña en la cuna; después, la cubrió amorosamente, como si la acción fuera lo más importante del mundo.

—¿Mi hija? —repitió ella con el corazón encogido.

—Por supuesto, pagaré su manutención, su educación y todo lo que pueda necesitar

—declaró Marco—. Y lo que tú puedas necesitar también. Estoy seguro de que serás una buena madre y que la criarás bien.

A Amber le pareció que el corazón se le rompía en pedazos. Al mismo tiempo, la irá se abrió paso entre la angustia y el miedo.

Marco había querido tener un hijo. Pero ella le había dado una

hija y él estaba renunciando a ella y negándole que conociera a su padre, al tiempo que estaba rechazando el amor de su mujer. Las mandaba lejos porque ella no había logrado darle lo único que Marco quería de ese matrimonio: un hijo, un varón. Y ella, como una idiota, se había enamorado de Marco.

—¡Desgraciado! —le gritó ella—. ¡Eres un salvaje, un egoísta, un machista y un hombre completamente despiadado!

Marco apretó la mandíbula.

—Te dije que te dejaría marchar.

—¡Cuando te diera un hijo!

Marco se encogió de hombros.

—Da igual. He reservado una habitación para tus padres en un hotel cerca de aquí.

Lo mejor será que no vuelva a verte —de repente, la voz le tembló—. Gracias por el tiempo que hemos pasado juntos, Amber. Con todo mi corazón, te pido perdón por lo que te hice. Es imposible volver atrás. Sé que soy todo lo que has dicho que soy: egoísta, arrogante y salvaje. Lo único que puedo hacer es intentar compensarte.

Marco se dio media vuelta y abrió la puerta mientras ella trataba de encontrarle sentido a lo ocurrido.

—Marco...

Pero él la ignoró y salió al pasillo.

Amber apartó la ropa de la cama y, sin saber cómo, logró ponerse en pie.

—¡Marco! —al llegar a la puerta, se agarró a ella porque se sentía mareada.

Le vio alejándose...

Con un esfuerzo, salió, al pasillo y gritó:

—¡Marco Salzano, no se te ocurra abandonarnos a tu hija ni a mí!

De repente, todo oscureció a su alrededor y cayó al suelo.

Al salir de la habitación, Marco miró hacia delante con decisión. Estaba haciendo lo que debía, aunque demasiado tarde. Tenía que devolverle a Amber su vida... aunque eso significara renunciar a su hija, a su preciosa hija. A pesar de que le dolía tanto que casi le daba miedo mirarla.

Con pasos largos y rápidos, continuó recorriendo el pasillo.

Sabía que un bebé les uniría a Amber y a él irrevocablemente. Pero también sabía que quería más de ella que un compromiso a la fuerza, mucho más que la entrega sexual de ella y el derecho a disfrutar su delicioso cuerpo.

Marco quería su amor.

¿Pero cómo podía una mujer como Amber amar a un hombre que la había tratado como él la había tratado para conquistarla? Lo único que Amber podía sentir por él era odio.

Su sentimiento de culpa había ido creciendo con el avance del embarazo de Amber y había alcanzado un punto crítico durante el parto.

Ahora, la voz de ella, desesperada y enfadada, llamándole, lanzaba un reto a su cobarde retirada. Pero él, apretando los dientes, continuó andando.

Entonces oyó un sonido seco, una exclamación, y se volvió en el momento en que una enfermera corría hacia el cuerpo que había caído en el suelo junto a la puerta de una de las habitaciones.

Amber.

Marco volvió atrás corriendo y se arrodilló en el suelo junto a su mujer mientras la llamaba inútilmente.

La enfermera tomó el pulso a Amber y preguntó:

—¿Es su esposa, señor?

—Sí, es mi esposa.

Presa del pánico, Marco, siguiendo las instrucciones de la enfermera, tomó a Amber en sus brazos y la llevó a la cama. Allí, con alivio, vio a Amber parpadear antes de clavar sus verdes ojos en él.

—Marco —dijo ella.

Tomándole una mano en una de las suyas, empezó a acariciarle el rostro y ella cerró los ojos; poco a poco, al rostro de Amber asomó un poco de color.

Marco contuvo el aliento, pensando que el corazón iba a estallarle de miedo y amor.

Lo mismo le había ocurrido durante el parto. Nunca en la vida se había sentido tan indefenso ni tan culpable, ni siquiera después de las muertes de Emilia y Aurelio, de la que se sentía culpable por no haberlas podido salvar.

Había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad

para despedirse de Amber, para dejarla marchar, libre, sin él, con la hija que ya adoraba a pesar de su corta vida.

Un médico entró en la habitación apresuradamente y Marco se apartó para dejarle tomar la presión arterial a Amber y, de nuevo, el pulso.

Se ha desmayado, eso es todo. No se levante de la cama rápidamente. Bien, ahora la dejamos con su esposo —dijo el médico al marcharse con la enfermera.

Marco se quedó mirando a su hija, que dormía. Después, clavó los ojos en Amber y en su expresión vio que ella se había dado cuenta de su sufrimiento.

—Gracias por volver —dijo Amber.

Marco cerró los ojos con firmeza, se volvió para secarse unas lágrimas disimuladamente y, con un gran esfuerzo, se enfrentó a Amber de nuevo.

—No tienes nada que agradecerme, Amber.

—No ha sido culpa tuya que me haya desmayado.

—Te equivocas. Todo lo que ha ocurrido desde que nos conocemos es culpa mía.

Quería convencerme a mí mismo de que tenía derecho a hacer lo que he hecho porque tú y tu hermana habíais hecho lo posible por privarme de su hijo. Quería convencerte de que, por eso, no era ningún crimen obligarte a casarte conmigo. Pero la verdad era que te deseaba… y que quería que tuviéramos un hijo para unirte a mí.

—Pero…

—Mantendré mi promesa y te dejaré marchar, pero… —Marco cerró los ojos momentáneamente—. Antes dime, ¿por qué me has llamado? Me lo estás poniendo mucho más difícil.

* * *

Amber había visto la angustia de Marco en sus ojos.

—¿Que por qué? —Amber tenía miedo a creer en la esperanza que estaba naciendo en su corazón—. ¿Por qué te resulta difícil?

Marco la miró con ojos turbios.

—Porque no puedo vivir sin ti, aunque sé que no me queda más remedio. No voy a pedirte que me perdones porque mi comportamiento ha sido imperdonable. Pero mi purgatorio va a ser perderte a ti y perder a mi hija… perderos a las dos.

Amber parpadeó.

—¡No tienes que perder a nadie, Marco! —¿qué estaba diciendo Marco?—. Tú querías un hijo, pero... ¿la quieres a la niña? ¿Crees que podrías quererla?

Marco lanzó un gruñido.

—¡Naturalmente que la quiero! La quiero desde el primer momento que la he visto.

La quiero casi tanto como a ti.

Amber tardó un momento en asimilar esas palabras.

—¿A mí?

—¡Madre de Dios! ¿Cómo es posible que no lo sepas? Me enamoré de ti... creo que desde que descubrí que no eras tu hermana. Hiciste lo posible por proteger a tu familia, me desafiaste... Tenía que poseerte, necesitaba tenerte a mi lado. Fui un loco, un arrogante y un estúpido al pensar que podía hacer que me amaras.

La esperanza de Amber se convirtió en una certeza.

Marco la amaba. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de ello?

Amber tragó saliva y recuperó la voz.

—Lo que hiciste fue monstruoso. Y si vuelves a hacer una cosa así, te... te —te estrangularé Amber miró a su hija antes de volver a clavar los ojos en él–. Pero me has dado el mejor regalo del mundo. Te perdonaría aunque sólo fuera por ella; eso, por supuesto, si ya no hubiera estado enamorada de ti.

Marco sacudió la cabeza.

—¿Enamorada de mi? –parecía casi mareado.

—¡Sí! Y si me mandas de vuelta a Nueva Zelanda, regresaré al hato y acamparé delante de la casa. Con nuestra hija. Tú no le harías eso a tu hija, ¿verdad?

Marco se sentó pesadamente en el borde de la cama y le tomó ambas manos.

—No, querida, nunca –entonces, hizo un esfuerzo por recuperar la compostura–.

Pero debes estar segura porque, si te quedas, jamás te dejaré marchar. Bueno, de vacaciones sí, si quieres ir a ver a tu familia. Pero no permitiré que me dejes y me destroces el corazón.

—No podría hacerlo –dijo Amber simplemente–. Y, además, jamás privaría a mi hija de su padre. La niña te necesita casi tanto

como yo.

—Y yo te necesito a ti, corazón mío –dijo Marco con fervor.

Amber jamás habría creído posible que Marco se mostrara tan humilde. Casi le asustaba que ella pudiera doblegar de esa manera a un hombre que jamás había mostrado vulnerabilidad.

Entonces, Marco se inclinó sobre ella y la besó. La llama de la pasión surgió inevitablemente. Por fin, con desgana, Marco se apartó de ella y dijo:

—Bueno, ya es suficiente. Tú no estás para esto –Marco se puso en pie, respiró profundamente y luego agarró con ambas manos el borde de la cuna.

—¿Has pensado en un hombre? –preguntó él.

—No. ¿Y tú, tienes alguno pensado?

Marco titubeó unos instantes.

—¿Qué te parece Generosa? En honor a su madre.

—Generosa –repitió Amber mirando a su hija–. ¿Genny para abreviar? O Rosa.

Parece una rosa.

Como si les hubiera oído, el bebé se movió, abrió los ojos, arrugó la cara y estornudó.

Sus padres se echaron a reír, encantados con la vida que ambos habían creado. Marco se agachó sobre su hija y susurró:

—Generosa...

La niña le miró y volvió a cerrar los ojos. Marco bajó la cabeza y le besó la frente.

—Generosa –repitió él–. Creo que le ha gustado el nombre.

—Sí –Amber extendió una mano hacia él y Marco se la tomó antes de llevársela a los labios.

—Tienes que descansar –le ordenó Marco metiéndole la mano debajo de la ropa de cama.

Y Amber, por una vez, obedeció sin protestar. Cuando no estuviera tan cansada le enseñaría a no ser tan autocrático.

—Puedes irte ya-le dijo ella sonriendo-.Supongo que tienes cosas que hacer.

—No. Soy todo tuyo y lo seré siempre que quieras —le aseguró Marco.

—Te quiero. Siempre te querré.

Amber cerró los ojos, sintiéndose segura porque sabía que él

estaría al cuidado de su hija y de ella. Durante el resto de sus vidas.

Fin